

J. M. Coya Martín

LA LUZ MÁS
OSCURA

1ª PARTE

PRÓLOGO

El sonido del despertador fue innecesario, aunque era la hora prevista. Morfeo no había visitado a Miguel durante la noche. Tenía la garganta seca, y un puño invisible atenazaba su estómago.

Posiblemente se trataba del día más importante para la humanidad si tenía éxito en la empresa que en este día comenzaba, una aventura que podía terminar con la enfermedad en el mundo.

Abrió la ventana y la mortecina luz del alba apenas bañó la habitación de la oscura pensión donde se escondía huyendo de la extraña gente que le perseguía.

Lagunas en su cabeza impedían que recordase en qué parte del mundo se encontraba; la desorientación había pasado a formar parte de su vida, y él la había asumido, asimilándola como algo nuevo dentro de sí.

Deslizó su mano derecha hacia la mesita de noche, buscando el diario que ahora parecía que todo el mundo deseaba poseer. Hasta el día anterior, no fue consciente del peligro que suponía sostener aquel maloliente libro entre sus manos; no entendía cómo un montón de palabras encerradas entre dos tapas de piel de alguna desgraciada cabra desaparecida unos cientos de años antes, podía haberle causado tantos problemas.

No comprendía el significado de tan solo uno de los miles de extraños símbolos escritos en aquel apestoso soporte. Creía que las tapas comenzaban a descomponerse, el profesor ya se lo había advertido. Pero no podía fiarse de nadie, ¡y qué demonios podía saber un simple minero sobre la conservación de un antiguo libro encuadernado en vieja piel! A falta de conocimientos, recurrió a lo más simple: si la crema para sus callosas manos era buena para él, ¿por qué no para la piel de cabra? Cuanto menos, mitigaría el mal olor.

Tenía ante sí el dilema más grande que los azares de la vida podía poner en manos de un solo hombre, de un hombre humilde que había pasado más de la mitad de sus cuarenta años de vida trabajando en las entrañas de la tierra, robándole el preciado mineral negro que tan celosamente guardaba a base de esfuerzo y continuo sacrificio, viendo cómo esta, a veces, exigía su tributo. Tributo que muchos de sus compañeros habían pagado con la vida, a cambio de un mísero puñado de carbón.

Nunca temió dejar su vida en un trabajo que, por locura que pareciese, amaba. Pero la última visita al despacho del profesor había logrado que conociese el miedo. No sabía de quién se escondía, pero estaban dispuestos a todo por conseguir aquello que frotaba suavemente entre las manos con una conocida marca de crema para estas.

Necesitaba ayuda y, por razones del caprichoso destino, injusto en ocasiones, la única persona a la que podía acudir no le iba a recibir precisamente con los brazos abiertos.

Sentado en la cama tomó el móvil y rebuscó entre sus contactos, encontró lo que buscaba y, aunque indeciso, pulsó el pequeño teléfono verde situado al lado de un nombre en la pantalla.

1—EL MONJE

23—FEBRERO—1489

La estancia era fría. Los cuatro leños apilados en la chimenea apenas podían combatir con el frío aire del Pirineo que se colaba por el pequeño ventanuco. Pensó en las maravillosas vistas que cada día le regalaba aquella ventana. Por muebles solo tenía un catre, una vieja mesa de madera y una silla. Una sólida puerta de roble con herrajes de hierro encerraba al monje benedictino mientras concluía su trabajo. En la mesa se amontonaban pergaminos. Un tintero con su pluma y cuatro velas, en ese momento apagadas, indicaban que el monje era un escriba, un traductor de viejos textos, y la puerta, cerrada por fuera, que este sería su último trabajo.

De niño su padre lo entregó al abad de un monasterio en Valladolid, para que pudiera tener una educación y un plato de sopa caliente con el cual calmar el hambre que tantas veces había padecido. No se hizo esperar en destacar por su inteligencia y por su afán de llenar la cabeza de nuevos conocimientos, al igual que una vasija que nunca rebosa el agua. Sus especiales dotes para la lingüística y su total amor y entrega a aquellos antiguos textos, de los cuales el monasterio poseía una enorme biblioteca, lo convirtieron en un experto traductor.

Hacía tan solo un año que junto con trece de sus hermanos había sido enviado por su rey, Fernando el Católico, a este, su nuevo hogar.

Pero nada que hubiera traducido hasta ese momento le pareció tan aterrador como lo que tenía entre sus manos. Aquel diario podía cambiar el curso de la historia, y la responsabilidad era tal, que le abrumaba. Tenía que pensar, ¡y rápido!

El sonido de unas botas por el ancho paso que daba acceso a las celdas de los monjes lo alejó de sus pensamientos. Acostumbrado como estaba al silencio del santuario, aquel sonido era como un martillo golpeando metal al lado de su oído. Le entró pánico, y se puso alerta.

Sonaron los cerrojos de la puerta y esta se entreabrió lentamente. En el umbral apareció la figura de un hombre, de cuyo cinturón colgaba amenazante una larga espada. Una

inmensa cruz, que en otros tiempos hubiese sido del color de la sangre, adornaba su raído sayo.

—Hermano Nicasio, aquí está su comida —le espetó el soldado encargado de su “seguridad”.

—¿Cuánto tiempo he de continuar encerrado?

—Yo tan solo cumplo órdenes. Me encargo de atender sus necesidades, eso es todo.

—Necesito ir a la biblioteca para consultar más volúmenes, esto no va a resultar tan sencillo como pensaba —mintió descaradamente.

—Lo siento, pero tengo instrucciones precisas de no dejarlo salir de su celda, ¡bajo ningún pretexto!

—Pues puedes ir diciendo a quien te da las órdenes que la traducción quedará inconclusa. Me he estancado, y necesito enfocarlo desde otro punto de vista. El persa antiguo carece de vocales, y tengo que tener una vaga idea de lo que estoy haciendo para no terminar con una traducción errónea.

—Hablaré con el capitán.

Cerró la puerta, y sus pasos se alejaron por el pasillo de piedra.

Desde que habían irrumpido por la fuerza en el santuario, los monjes-soldado se habían hecho los dueños del lugar, y aunque el trato fuese cortés, a medida que las palabras del antiguo texto cobraban sentido, la certeza de que sus hermanos y él acabarían muertos se asentaba de forma abrumadora en su cabeza.

Tenía que huir, no tenía otra opción.

Se recostó en el camastro cuando la luz del día se negó de nuevo a entrar por la ventana. Le reconfortaba mirar desde la oscuridad cómo las sombras producidas por las ya escasas ascuas de la chimenea, se movían por las paredes colmando a estas de vida. Pensó en cómo escapar de las manos de sus captores, y cuando por fin el sueño lo envolvió con su cálido manto, su cerebro de analista había ideado un perfecto plan de huida. Solo esperaba que una vez él desaparecido, sus hermanos no corriesen ningún peligro. Durmió profundamente, soñando con las nuevas tierras que su largo viaje le llevaría a conocer.

2 —LA MINA

05—ABRIL—2011

Le gustaba desayunar despacio, mientras ojeaba uno de los miles de libros que se acumulaban por doquier en el amplio salón; llenaban estanterías y se amontonaban por el

suelo. Todos ellos tenían algo en común, trataban la historia de una u otra forma. Esta, junto con su trabajo, y sus numerosos viajes, eran el eje principal de su vida. Vivía solo. ¿Quién iba a soportar a un loco excéntrico que ni tan siquiera tenía un televisor en su casa?

No le faltaban oportunidades de poder formar una familia, pero no quería renunciar a su forma de vida. Llegaría el momento, pero no era ahora.

Recogió el almuerzo del refrigerador y se encaminó a arrancar el viejo Nissan que la empresa le había proporcionado. Metió ruidosamente la primera velocidad, y se dispuso a recorrer los 18 km que le separaban del pozo.

Al pasar por el pueblo de Velilla consultó su reloj, decidiendo parar a tomar un café en el bar donde solía hacerlo casi a diario.

—¡Buenos días, mi gitano! —le saludó la agradable voz de Menchu, la propietaria del local.

—Hoy te veo algo más guapa que ayer, si es posible.

—Tú de mentiroso como siempre. ¿Uno con leche?

—Sí, gracias.

Menchu comenzó a hablarle del partido del día anterior, pero él ya no la escuchaba, repasando mentalmente el plan de trabajo para la jornada.

Al poco entraron por la puerta, dando los buenos días, la pareja de la guardia civil, que terminaba ahora su servicio, y Menchu acudió presurosa a servirles sus cafés, interesándose por cómo les había ido la jornada nocturna: no en vano era aquel bar de donde partían todas las noticias del día.

En nada se diferenciaba este día del anterior.

Terminó su café en silencio y, dejando unas monedas sobre el mostrador, se despidió hasta el día siguiente.

Del bar al pozo había cinco escasos minutos de trayecto y llegó rápidamente.

Aparcó en el lugar reservado para coches de empresa, abriendo la puerta de la oficina. Una bocanada de calor acarició su rostro. Sin duda el termostato se había estropeado de nuevo: tendría que volver a decir al electricista que le echase un vistazo.

Actualmente eran pocos en plantilla, ya que una regulación de empleo afectaba a la mayoría.

Tenía ocho hombres a su cargo, cuando la empresa había llegado a contar con más de setecientos trabajadores.

Subió las escaleras y entró en su oficina, situada en el piso superior. Revisó los partes de trabajo del día anterior, por si había cometido algún error. Le gustaba llevarlo todo al día, era la única forma de no tener problemas a final de mes. Una vez convencido de que

todo estaba correcto, se dirigió al vestuario para cambiarse de ropa. Bajar a la mina suponía vestirse con las ropas adecuadas para desempeñar un trabajo duro y sucio. El atuendo estaba compuesto por el buzo, botas de goma de caña alta, guantes, cinturón con el que sujetar la batería que alimentaba el foco situado en el casco, y este último, un imprescindible.

—¿Estas visible? —se escuchó desde el exterior la voz de Carlos, el ingeniero.

—Pasa, que a estas alturas no creo que te sorprendas de lo que puedas ver.

—Buenos días, Miguel, ¿qué tienes preparado para hoy?

—Buenos días. Yo creo que los seis, contando al del embarque, deberían cargar todas las carras de madera, y pasar el día llevándolas hasta el embarque de sexta, y luego bajarlas por el plano con cuidado.

—De acuerdo, pero que Marcial no se mueva luego de la máquina de extracción. Recuerda a los de la cruz de séptima planta. No pueden quedarse solos abajo, sin que alguien esté pendiente de ellos.

—No te preocupes, ya contaba con ello.

—Creo que hoy no podré entrar a verte, estoy muy liado con el tema del cielo abierto.

—No te preocupes, ya buscaré un rato para ir a echar un vistazo a las bombas.

—¿Cómo andas de madera?

—Hay que bajar llave de dos metros y medio, y llavín de metro veinticinco. Pero ya me ocupo yo: mientras cargan las carras, lo bajaré con el camión.

—¿Cuánto crees que tardaremos en encontrar la capa de carbón en séptima?

—Conforme la inclinación del pozo, no creo que más de cinco o seis días. Luego habrá que pararlo, en espera de la gente del ERE.

—Podríamos avanzar unos metros, hasta cortar el siguiente pozo.

—Te olvidas de que no tenemos gente para hacer las maniobras. Además, no me parece ético que estando los compañeros en regulación de empleo nos pongamos a sacar carbón. No fue eso en lo que se quedó, y desde luego yo no soy partidario.

—Perdona, a veces se me olvida la situación en la que nos encontramos. Hazlo como tú veas, no quiero más problemas. La gente está que muerde y no les falta razón. Tú los conoces mejor que nadie para saber cómo actuar.

—Según cortemos el carbón aseguraremos la zona, y mandaré al Portu y al ayudante a la estaja de séptima norte; de esta forma cumpliremos con el compromiso que tenemos de dedicarnos exclusivamente a trabajos de mantenimiento.

—Estoy de acuerdo. Es lo que tiene más sentido común.

—Bueno, voy para la plaza de arriba, que la gente ya me estará esperando.

—¡Tened cuidado!

Montó en el Nissan, y cruzó las antiguas vías por las que habían salido miles y miles de toneladas del oro negro de aquella zona. Subió la empinada cuesta que llevaba a la plaza donde estaba situada la entrada del túnel, el cual les bajaba cada día a mil metros de profundidad.

Allí parado, se encontraba el viejo Land Rover con el escaso relevo dentro. Aparcó a su lado y se bajó del coche.

—¿Ya la has chupado bastante? —exclamó a modo de buenos días el Portugués, el más viejo y experimentado minero de los que había tenido el gusto de conocer. Aunque su carácter no era a veces todo lo agradable que él pudiera desear, el lo consideraba no solo su compañero, sino también su amigo.

—Es mi duro trabajo, chupar allí abajo, y luego subir aquí y seguir haciéndolo para que me hagáis un poco de caso.

—¿Dónde vamos hoy?

—Tirad para abajo, y allí nos distribuimos la labor para hoy con tranquilidad.

Montó de nuevo en el todo terreno, y los dos automóviles enfilaron hacia la negrura que les llevaba bajando por un túnel pavimentado en hormigón, y con la sección suficiente para que la maquinaria pesada pudiera circular con la suficiente holgura, hacia las mismas entrañas de la tierra.

Circularon durante un kilómetro, dejando que la luz del día que se colaba por la entrada del túnel se desvaneciera hasta desaparecer por completo. Después de coger un desvío a la derecha, aparcaron los coches al lado de los transformadores, que proveían de energía eléctrica a toda la explotación.

Entre bromas y chascarrillos se dirigieron al embarque, el centro neurálgico de la mina.

—Miguel, tenemos que cargar madera, con la que tenemos en sexta planta no nos llega para la semana —habló Lorenzo, el picador encargado de asegurar la explotación hasta que el expediente de regulación acabase y el resto de trabajadores se reincorporasen a sus puestos de trabajo. A su lado contaba con tres ayudantes, que le asistían en las labores de conservación que desempeñaba.

—Piensa bien lo que necesitas y, si no lo hay aquí abajo, luego lo traigo con el camión. De momento cargad todo lo que hay, lo lleváis y bajáis a sexta planta. Que os ayude Marcial. Y una vez que lo tengáis abajo, que vuelva rápidamente a la máquina de extracción, que tiene gente abajo a la que no se puede dejar sola.

—¡A mí no me hace falta nadie aquí arriba tocándose los cojones! —dijo el Portugués.

Una carcajada al unísono rompió el silencio del embarque.

—¿Crearás que no sé lo que haces tú ahí abajo? —respondió Marcial, sin una pizca de reproche—. ¡Hoy subes andando, como la madre que me parió!

Las risas no dejaban de escucharse. Nunca desentonaban en la mina.

Subir andando desde séptima planta al embarque era una verdadera putada.

—Si no subes la carra a la hora, ya puedes salir corriendo a la calle y marchar antes de que te coja, ¡porque te capo!

Las risas regresaron. Sin duda era la mejor forma de comenzar la jornada.

Miguel sabía que había ciertas cosas que tenía que consentir; al fin y al cabo, él había sido como ellos (en realidad lo seguía siendo). Y veintiún años trabajando codo con codo con aquella gente, a veces en las peores condiciones imaginables, le habían enseñado que solo se trabaja bien si el que trabaja se encuentra a gusto y contento. Esto es algo que el empresario nunca entendería, y esa era la principal causa de todo lo que estaba ocurriendo en la empresa.

—Marcial, baja a Arlindo —este era el verdadero nombre del Portugués— y a Rafa, luego ayudas a los demás a cargar y a llevar la madera a sexta. Pero en cuanto la madera este abajo, vuelves aquí pitando.

Este encendió la máquina de extracción y las cámaras que mostraban el plano inclinado y el cambio de agujas del embarque de séptima planta. Tomó asiento y a modo de burla gritó: “¡Todos al tren!”

—Oye, Portu, abajo nos vemos, voy a dar la vuelta por la rampla para ver como está y luego me acerco donde vosotros —dijo Miguel.

—Mira a ver si te acuerdas y me traes la cadena de la motosierra que dejé colgada en la corona de la rampla, ¡que llevas más de diez días trayéndomela!

—¡Y tú recordándomelo, que eres muy pesado!

—¡Si ya tienes una nueva! —habló por primera vez Rafa.

—¡Calla la boca! ¿No ves que me estoy puteando de él? ¿Dónde estará ya esa cadena, ¿verdad Loren?

Lorenzo esbozó una sonrisa, y sin decir palabra se dirigió a comenzar el trabajo encomendado.

3 —LA LUZ MÁS OSCURA

Dejó a los demás preparándose para cargar la madera, y se adentró por la negrura de la galería. Le satisfacía la humildad que le producía el trabajo que los hombres podían hacer, y en las condiciones que podían llegar a realizarlo. Él era parte de todo aquello, y sentía orgullo de cada centímetro que habían conseguido ganarle a la tierra.

Unos tres kilómetros le separaban del embarque de sexta planta y, aunque habitualmente solía recorrerlos con la máquina del tren, lo que realmente disfrutaba si el tiempo disponible se lo permitía, era recorrer la mina andando, fijándose en cada cuadro metálico, en cada metro de la cuneta que servía para evacuar el agua, en cada piedra colgada del techo y cada fuga de la tubería del aire comprimido.

Le gustaba controlarlo todo, pero todo se le escapaba. Intentar controlar la mina era como intentar que un león olvide que por selección natural es un animal salvaje: puedes mantenerlo tranquilo, pero su naturaleza siempre acaba presentándose, y las consecuencias pueden ser terribles.

Sin embargo, él se sentía bien allí dentro. Donde otros lo pasaban realmente mal, él se encontraba en su casa.

En sus años de mina había realizado los trabajos más duros y peligrosos, y los disfrutó todos a su manera, tomando lo bueno de cada uno de ellos, que no se traducían sino en la ampliación de sus conocimientos. Esto le había llevado a ser elegido para formar parte de la Brigada de Salvamento Minero, de la que era un orgulloso miembro. Numerosos cursos y diplomas acreditaban su preparación. Pero, afortunadamente, nunca tuvo que demostrar lo que unos papeles olvidados atestiguaban.

Cuando llegó al embarque, la mano fue instintivamente al cinturón, donde llevaba colgado el aparato que medía la cantidad de oxígeno que había en el aire. Conociéndolos de antemano, los números digitales no lo defraudaron, la ventilación era correcta.

Encaminó sus pasos al plano que tantas veces había subido y bajado, apuntando mentalmente que habría que hacer un rebaje de la vía más adelante. Comenzó el descenso. Era un plano corto y en apenas dos minutos estuvo abajo. Comprobó la bomba que enviaba el agua a la planta superior, y al ver que su funcionamiento era el correcto, decidió continuar hasta la rampla, el lugar de donde se extraía el carbón. Cuando llegó al pozo por el cual se subía a la explotación, no dudó en subir los peldaños de la escalera improvisada con dos bastidores y unas tablas atadas con alambre. Se solía decir que no había problema en la mina que no tuviese solución con una maza y un trozo de alambre, y lo realmente asombroso es que en demasiadas ocasiones había resultado ser cierto.

Una vez en la corona de la rampla, posteaada con madera y fortificada con llaves hechas con piezas del mismo material, quiso tomarse un respiro. Se sentó encima de las tablas apiladas, justo al lado donde, en una punta clavada, colgaba una cadena de motosierra.

Apagó la luz de su lámpara, y se deleitó una vez más con la más profunda oscuridad que pueda conocer el ser humano. A esa sensación solía llamarla la luz más oscura, porque en aquella absoluta negrura él encontraba su luz, su paz interior, y raro era el día en que, por unos instantes, no se permitiera la pequeña osadía de robarse un poco de tiempo para volver a estar, de esa forma, en paz consigo mismo.

Ese era su secreto.

Bajó por la rampla comprobando el trabajo realizado el día anterior, y asegurándose de que no hubiese ninguna zona que pudiera entrañar un peligro añadido e inminente que solucionar. Estaba perfecto: tanto el hastial como el hundimiento estaban perfectamente controlados. Sabía que hoy no llegarían a trabajar allí, ya que el transporte de la madera requería de mucho tiempo y, probablemente, les consumiera la jornada. Aun así, tenía que comprobar que todo estuviese en perfecto orden; al fin y al cabo ese era su cometido en la empresa.

Pasó por la sobreguía y bajó del contraataque a través de la compuerta de carga, hasta la galería. Había llegado a séptima planta.

Aunque a causa de la regulación de empleo el corte de avance llevaba unos días parado, decidió acercarse “por si las moscas”. Se encontraba en buen estado; aunque habían dado fuego el último día de trabajo al frente y a dos contraataques, no parecía que el techo corriese peligro de derrumbarse.

Mientras preparaba la manguera del agua para regar el escombros y de esta forma disolver los gases atrapados entre los escombros, no podía dejar de pensar que hace apenas unos días Juan Carlos y Geni, a esa misma hora, después de haber saneado el techo y regado, estarían cargando el mineral en vagones. Miró atrás y vio la pala cargadora parada, y no pudo dejar de preguntarse cómo se había llegado a esa situación.

Se prometió a sí mismo no darle más vueltas, ya que, lo mirase por donde lo mirase, carecía de sentido.

Se entretuvo bastante en la faena en la que estaba inmerso, y cuando creyó que el escombros estaba lo suficientemente empapado, cortó el agua y recogió la manguera, dejándola tal y como la había encontrado.

Encaminó sus pasos al encuentro del Portugués y, tras unos cuatro o cinco kilómetros que le separaban de él, lo encontró sentado encima de la caja metálica que hacía las veces de polvorín transportable, afilando la motosierra.

—Acabas de entrar y ya sentado, ¡esa si es una buena forma de empezar el día!

El otro permaneció sentado sin inmutarse. Se conocían demasiado bien.

—Mira esos cuadros de ahí atrás, que no creo que la máquina pueda pasar por entre ellos, deberíamos quitarlos y ponerlos nuevos.

Miguel dirigió la mirada hacia el lugar indicado asintiendo con la cabeza.

—Bueno, ¡pues cambio de planes! Hoy nos dedicaremos a eso. Prepara la herramienta y empezamos a cortar cuadros.

—¡Menudo vigilante! Pasas por debajo de los cuadros y soy yo quien te tiene que decir lo que hay que hacer.

—No me comas más la cabeza, prepara el soplete y empieza a cortar.

—Como no sepa cortar Rafa, va a tener que venir a cortar el gran jefe, porque yo de esto ni sé, ni quiero aprender, ¡que para lo que me queda en este convento...!

—Ya te lo corto yo, ¡que últimamente me explotas bastante!

—¿Encima que me molesto en mantenerte ocupado para que no te aburras me lo pagas con sarcasmo?

—¡Vete a la mierda! ¡Ayúdame a acercar las botellas de oxígeno y acetileno hasta que alcancen las mangas! Por cierto, ¿dónde está Rafa?

—Se ha acercado con la máquina a por más acetileno, esta botella está casi vacía.

—Vamos, que ya tenías claro lo que ibas a hacer hoy ¡Tienes más jeta que espalda! Menos mal que no te sueles equivocar, si no ya te habría despedido.

—¡Calla de una vez y prepara la pértiga! Que nos pagan por trabajar, no por estar aquí charlando.

Entre los dos ataron el soplete a una larga vara llamada pértiga, la cual les daba un plus de seguridad al poder cortar los cuadros metálicos desde más distancia.

Se oyó el ruido de la máquina que llegaba. Rafa traía, atada con alambre, la botella de acetileno sobre la batería de la máquina. El Portu y Miguel le echaron una mano a colocarla en el suelo y a conectar las mangas. El soplete estaba listo y, sin esperar más, Miguel se puso a cortar las grapas que mantenían unidas las diferentes partes del cuadro.

Así paso un buen rato con ellos, trabajando como uno más.

Almorzó allí mismo, y de nuevo le tocó aguantar las charadas de Arlindo. Salió a relucir el tema de la situación de los compañeros en regulación y, ante la impotencia por no poder darles ningún tipo de consuelo, optó por permanecer en silencio, mientras Rafa, con quien Miguel había trabajado desde sus inicios, enfurecía de rabia por la situación de sus compañeros.

Rafa era un hombre menudo, pero todo lo que le faltaba de talla le sobraba de locuacidad. Era la persona que más cantidad de palabras podía decir seguidas sin miedo a ahogarse. No mantenías una conversación con él, él mantenía un monólogo consigo mismo y, si tenías suerte, en las escasas ocasiones que dejaba de hablar para llenar de oxígeno sus pulmones, le podías meter un par de frases antes de que volviera a la carga, lo suficiente para animarle a seguir hablando. Era un gran trabajador al que sus compañeros habían decidido llamar “el Mudo”.

—¡Bueno señores! Yo me voy que todavía me queda mucho por ver.

—Mejor te quedabas y nos ayudabas a poner el cuadro, que este enano, ¡ni subido al vagón es capaz de sujetarme la trabanca!

—Marcho porque por hoy ya no os aguanto más, ¡a ver si hay suerte y Marcial te hace subir andando!

—¡Pues, pues solo faltaba eso!—dijo Rafa, que no solo no callaba, sino que además tenía la costumbre de repetir las primeras palabras de cada frase.

—Luego nos vemos arriba.

Se dirigió al embarque y, utilizando el teléfono, le pidió al maquinista que bajase la carra de personal para ahorrarse el subir el plano. Esperó sentado y, cuando la carra llegó, subió a ella de un salto.

El trayecto no era largo, pero la nueva máquina electrohidráulica que habían mandado colocar era excesivamente lenta. Lo tenía calculado, tardaba tres minutos en recorrer apenas doscientos cincuenta metros; eso sí, la pendiente era bastante pronunciada.

El maquinista detuvo la carra antes de que llegase al codillo, donde la pendiente terminaba, dejándola colgar libremente del cable.

—¡Hola, Marci! ¿Algo nuevo? —preguntó Miguel mientras bajaba de la carra.

—Nada. Hace ya un rato que he llegado de sexta. Les dejé con la madera preparada para bajar. Iba a bajarla yo, pero Lorenzo me dijo que me viniese por si acaso, que se apañaban ellos bien.

— Hay que meter madera de la calle, pero puede esperar, porque con lo de hoy tienen para toda la semana.

—Mejor así, no me hace mucha gracia bajar con el camión.

En ese momento llegó Besande, uno de los ayudantes de Lorenzo.

—¿Qué os pasa? ¿Tenéis algún problema?

—Vengo a buscar la otra máquina, que con una sola no podemos empujar todo el material hasta el plano.

—¿Y no habéis pensado en embarcarlo en dos o tres veces en vez de en una sola?

—¡A mí no me digas nada! Me han dicho que venga a por ella y aquí estoy.

—¡No se os puede dejar solos! —dijo esbozando una sonrisa.

Se escuchó el sonido del motor de un coche, algo extrañamente raro a esa hora tan avanzada de la jornada, y Miguel se dirigió a ver quién era.

Carlos bajó del coche con la cara descajada, y Miguel supo al instante que algo grave había sucedido. Las malas noticias en la mina viajaban así, en la cara del encargado de darlas.

—¿Dónde tienes a la gente? —dijo directamente el ingeniero.

—¿Qué ha pasado Carlos?

—Un accidente en San Isidro.

—¿Pero grave? ¡Tranquilízate un poco hombre!

—Solo sé que se ha hundido la galería y que se ha tragado al vigilante, ¡no lo encuentran por ningún lado! Se ha hundido una cruz entera justo bajo sus pies. Le dan por muerto. Nos han pedido ayuda, ya sabes que no cuentan con muchos medios. El ir o no depende de vosotros, nadie os puede obligar: es una decisión delicada, pues no sé en qué condiciones nos podemos encontrar aquello.

—Bueno, en primer lugar vamos a reunir a la gente, después ya lo hablamos.

—Besande, coge la máquina y sacas a los de sexta, ¡que dejen lo que estén haciendo!
—dijo Miguel—. Y a ti, Marcial, te bajo yo y vas a buscar al Portu y a Rafa lo más rápido posible.

Mientras ambos obedecían las órdenes, el silencio reinó por unos instantes entre ingeniero y vigilante.

Cuando la carra llegó abajo, se vio por la cámara a Marcial salir corriendo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —rompió el silencio Miguel.

—Demasiado. Unas dos horas.

El gesto del encargado se transformó en una mueca, sabía que en estos casos la rapidez es de vital importancia. Aún así dijo:

—No podemos perder la esperanza. Yo tengo claro que voy, puede ser que esté atrapado en algún hueco. Hay que echar una mano en lo que sea.

—Sabía que podía contar contigo, la gente que hay allí no está en condiciones para realizar este trabajo: es su compañero y, según me ha dicho Juan, están muy afectados. Me ha pedido con lágrimas en los ojos que por favor vayamos lo antes posible, el vigilante es un gran amigo suyo.

No tardaron mucho los demás en llegar y, conociendo la noticia, ninguno titubeó en el momento de subir a los coches.

4 —SAN ISIDRO Y MARÍA

No existió nunca trayecto más silencioso. Cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Probablemente el más afectado fuese Carlos, ya que su padre falleció, siendo él un niño, en idénticas circunstancias, y seguro que en su silencio, el fantasma de los recuerdos había regresado de nuevo.

Casualmente, había sido el padre de Miguel uno de los que intervinieron en el rescate del cadáver.

La tensión y la adrenalina eran culpables de que los Nissan volasen por las pistas de tierra.

Miguel fue el primero en hablar.

—No sabemos lo que nos vamos a encontrar. Actúad con cautela y no deis un solo paso sin consultarlo antes. No conocemos la mina, y por lo tanto hay que extremar aún más las precauciones. No arriesguéis lo más mínimo, y si lo vemos mal, nos vamos. Nadie va a reprocharnos nada, tened eso en mente.

Cuando llegaron a las instalaciones, los curiosos habían empezado a juntarse en grupos, ayudando en lo posible y dando su apoyo a los compañeros que habían salido a tiempo.

Las malas noticias en la zona minera corrían como la pólvora, y nadie podía recriminar la trascendencia que un accidente en la mina podía tener sobre aquella población, cuya inmensa mayoría vivía o lo había hecho de ella. Todos querían echar una mano, dar su apoyo a quien casi con seguridad se lo había dado en el pasado.

La esposa del accidentado estaba situada aparte, consolada por los dos hermanos del desaparecido. Todos veían sus lágrimas, pero nadie se acercaba a ella, respetando su dolor y su incertidumbre.

Lo que en principio pareció solo un rumor fue tomando cada vez más tono de certeza, esparciendo por la plaza un triste halo de abatimiento sobre las personas allí congregadas, atronando en sus oídos a medida que era confirmado, primero por sus compañeros y finalmente por sus propios hermanos.

Ángel, que así se llamaba el accidentado, no tenía que estar ya en la mina al haber cumplido el tiempo y los requisitos que le exigía el gobierno: hacía dos semanas que debería haberse jubilado. Podía decirse que la administración del país, en su dejadez a la hora de tramitar los expedientes, era, en cierta forma, responsable de que una mujer llorase desconsoladamente por no conocer el destino y el estado de su marido.

Se desentendieron de todo aquello y, tras preguntar dónde se encontraba Juan, el ingeniero y responsable de San Isidro, y conocer que estaba dentro, intercambiaron sus miradas y penetraron hacia la oscuridad entre los gritos de “¡ánimo!” y “¡cuidado!” de los allí presentes.

Caminaban por la galería con la cabeza gacha, con Carlos y Miguel al frente. No tardaron en ver más allá de la oscuridad luces revoloteando como si de luciérnagas se tratara.

Cuando llegaron al lugar del hundimiento, a Miguel se le vino el mundo encima. Era mucho peor de lo que podría haber imaginado. El panorama era desolador: todo el cruce de galerías se había hundido desde el suelo, succionado por los pozos que había debajo. Las patas de los cuadros habían quedado sin su punto de apoyo, provocando que los miles de toneladas de escombros que estos soportaban empujasen con tal fuerza que cedieron sin oponer la mínima resistencia. El vano en el techo alcanzaba unos treinta metros de altura, y sin duda su inestabilidad provocaría nuevos derrumbes.

5 —EL RESCATE

—Juan, este es Miguel —dijo Carlos—, aunque creo que ya os conocéis.

—Sí, es cierto que lo conozco, pero más bien de oídas que otra cosa. Y, para ser sincero, lo que escuché de ti no fue precisamente malo. Esa es la principal causa por la cual os he pedido ayuda, presentía que no dudarías a la hora de venir a echar una mano. Necesito tu experiencia en estas situaciones; siento haberte metido en una encerrona, pero cuando hablé con Carlos opinó igual que yo. Estoy desesperado, no sé cómo actuar, y el que está ahí abajo enterrado no solo es un trabajador de la empresa, sino un gran amigo mío, y siento que no estoy haciendo todo lo que podría por él.

—Debes saber que no vine obligado, si estoy aquí es por decisión propia. Me pongo en su lugar y me gustaría pensar que, si fuese yo el accidentado, habría alguien dispuesto a venir a socorrerme. Es así de simple.

Al mirarle a la cara, la luz situada en el casco desveló unos enrojecidos ojos, y Miguel no dudó que la causa no era el polvo reinante, sino el sentimiento desbordado hacia su amigo y a su incierto destino.

—¿Por qué no nos cuentas lo que ha pasado exactamente, para situarnos un poco?

—Estaban dando la tira de madera para el pozo de abajo, como hacían todos los días. Alguien se quejó de que aún no había almorzado, y Geli, al oírlo, le dijo que se apartara y comiese el bocadillo tranquilamente, él le sustituiría en la tira. A los pocos segundos de haberse situado en su puesto, y sin previo aviso, el terreno donde pisaban se hundió. Cada uno reaccionó como mejor pudo, saltando rápidamente para poder agarrarse a los cuadros que formaban parte de la cruz. Tres eran los situados en el terreno hundido, y solo dos consiguieron su objetivo. Los testigos juran que Ángel también lo consiguió, pero, por lo visto, el carbón lo arrastró sin darle opción a asirse con fuerza suficiente a la pata del cuadro. El polvo llenó la mina, y el único pensamiento de los allí presentes fue el de escapar en dirección a la bocamina. Fue ya en la calle, al mirarse unos a otros, cuando se dieron cuenta de que no todos habían logrado salir. Yo me encontraba en la oficina, y me pusieron al corriente de lo sucedido. Estaban muy asustados, y me lo contagiaron rápidamente a medida que unos y otros me daban más y más detalles.

»Después de unos instantes sentados en la calle recobrando el aliento, mirándose unos a otros sin saber qué hacer, fue Pacorro, un hombre curtido picando carbón, quién habló dirigiéndose a sus compañeros.

—Tenemos que volver dentro y buscar a Geli.

»Sin pensarlo, un asturiano que llevaba apenas unos meses trabajando para esta empresa se ofreció voluntario para entrar con Paco y conmigo. No esperamos ni a que cesara el polvo, y poniéndonos la mascarilla nos dirigimos dentro sin saber la pesadilla

que se materializaría ante nuestros ojos. La visión fue no menos que aterradora, lo que ningún hombre dedicado a este trabajo desea ver. El suelo había cedido llevándose con él la vía, el *páncer*, los cuadros y a nuestro amigo. Teníamos una vaga idea de dónde podía estar enterrado, bajo varias toneladas de carbón, escombros, y diversos materiales. Los cuadros, al verse desvalsados, no pudieron con el empuje de cientos de toneladas que apenas unos minutos antes soportaban sin problemas. El vano al techo era de gran altura, y todo el material caído lo había absorbido sin problemas el enorme boquete que había quedado en el muro de la galería, de forma tal que del escombros producido por el derrumbe posterior al hundimiento a la vía, que aún permanecía en su sitio, todavía existía una altura de unos treinta centímetros.

»Salimos desmoralizados para intentar coordinar el rescate, aun sabiendo que seguramente las consecuencias para Ángel no serían buenas. Sin embargo no podíamos perder la esperanza. Desgraciadamente, me quedé en blanco y, por una razón que desconozco, lo primero que hice fue llamar a Carlos pidiendo vuestra ayuda. Mientras os esperábamos todos daban su opinión sobre cómo asegurar el techo, cosa imposible a mi ver, por el tamaño del hundimiento y la altura de este.

—Yo no correría ese riesgo —dijo Miguel. Hacer una llave de esas características llevaría mucho tiempo, y ese techo parece lo suficientemente inestable para ceder de un momento a otro.

Uno de los trabajadores presentes propuso la idea de ir sacando el material hacia arriba aprovechando el *páncer* que había a lo largo de la galería y al que solo le faltaba la parte final de montar, trabajo que podría realizarse en pocos minutos, pero entonces tendrían que meterse debajo del inestable techo.

—Juan, por lo que yo puedo deducir, si el suelo ha cedido es porque estabais dando pozos por debajo y alguno de estos ha cedido, ¿me equivoco?

—Ni lo más mínimo Miguel. En efecto, hay, o mejor dicho, había un pozo por debajo que cruzaba toda la cruz.

—¿Hay forma de bajar a comprobar el estado de este?

—El plano y la planta de abajo están bien, aunque hay que pasar por una zona un poco insegura.

—Bajo mi punto de vista lo primero que tendríamos que comprobar es el estado del pozo, ver si queda algo de él, o si ha cedido por completo.

—Pues si queréis, bajamos y lo vemos.

En efecto Miguel pudo comprobar que tanto el plano como la galería de abajo estaban en aparente buen estado, aunque estaba todo dado en carbón. La anchura de aquella capa era excepcional, y tanto galerías como pozos estaban guiados por ella, lo que dotaba a la explotación de un gran inestabilidad.

Pasaron por un pozo ya hundido y retableado, y el siguiente que encontraron era en el que tenían que meterse a comprobar.

Miguel, tras echar una mirada hacia arriba y observar con detenimiento y ojo experto el interior, se introdujo por el angosto agujero.

—Todavía conserva unos cinco metros en buen estado —gritó abajo.

—¿Y qué opinas? —respondió Carlos.

—Creo que la mejor opción es empezar desde aquí, asegurando bien estos cinco metros para que no se hunda el resto de galería, y como veo que aún conserva las chapas de evacuación del carbón, ir avanzando poco a poco hacia arriba asegurando la cabeza. Por lo que habéis contado, no debería de estar muy lejos del hundimiento del pozo.

Subió hasta el colapso del pozo y comenzó a gritar el nombre de Ángel, con pocas esperanzas de recibir contestación, pero se había dado en contadas ocasiones, en hundimientos similares, que un cuadro cruzado, una roca de gran tamaño, o cualquier otro tipo de material hubiera conseguido habilitar un hueco donde poder sobrevivir esperando ser rescatado. Quizá él no pudiera hablar, pero escuchar que le estaban buscando podía alentarle a seguir luchando por su vida, por eso no dejó de gritar dándole palabras de ánimo, asegurándole que pronto estaría fuera.

En su fuero interno sabía que era muy difícil sobrevivir a aquello, pero él no iba en ningún momento a perder la esperanza, actuaría pensando en recuperarlo aún con vida.

Se fijó esa meta.

Bajó del pozo y explicó su plan a los dos ingenieros, los dos estuvieron de acuerdo al comprobar que era la mejor opción, y la que menos riesgos entrañaba.

—Hay que regresar arriba y explicárselo a los demás. Por el *páncer* no hay opción de sacar el material que echamos del pozo, ya que lo he visto al bajar atrapado por el hundimiento. Así que se tendrán que poner en la galería a salvo, con palas, e ir amontonando a mano lo que vayamos sacando del pozo.

Regresaron por donde habían bajado y cuando llegaron arriba reunieron a la gente.

En esta ocasión fue Juan el encargado de hablar, ya más tranquilo.

—Vamos a bajar más gente, será para asegurar el trozo de pozo que ha aguantado, y mientras Miguel va haciendo hueco hacia arriba e intenta asegurarlo, los demás permanecemos abajo apaleando y amontonando todo el material que nos baje por las chapas. Hay que preparar una manga con un martillo para partir las piedras, y una motosierra.

—¿Estamos todos de acuerdo?

Comenzaron todos a hablar al unísono, y aunque la mayoría estuvo de acuerdo, quedaba alguno que creía más en cualquier otra opción que en aquella, aunque esto era

pura rivalidad. Sí, incluso en estos casos hay gente que necesita imponer su criterio por encima del de los demás.

—Mirad, casi todos me conocéis de hace tiempo y sé que hasta hoy habéis confiado en mí. Os aseguro que actuar de esta manera no es cosa de la empresa, sino mía, que como único miembro de operaciones de la Brigada de Salvamento, me corresponde a mí tomar la decisión, con la colaboración de Carlos y Juan. Creedme cuando os digo que es la única forma de conseguir algo, y de hacerlo con la mayor rapidez y el menor riesgo posible — dijo Miguel.

Todos asintieron y esperaron órdenes.

Cuando la madera llegó abajo, rápidamente el Portu y Miguel se dedicaron a entremediar todo lo posible el pozo, teniendo un cuidado extremo en no tocar los cuadros ya montados, por miedo a que se pudiera mover algo. Ahora no había bromas, ni tan siquiera palabras salían de sus bocas, reseca por el polvo y la ansiedad que les producía el sentirse encerrados.

—Esto está. Sujétate mientras cobras —exclamó el Portu.

—No está tan mal como parece, el techo parece que soportara bastante bien los movimientos cuando empezamos a escarbar ahí arriba, lo que sí deberíamos *enrachonar* mejor el techo, que no quede un hueco libre por el que pueda empezar a abrirse paso el carbón; de lo contrario, estamos perdidos. Empezaría por un poco y acabaría hundiéndose todo.

Tablearon lo mejor posible todas aquellas zonas donde se veía una brizna de carbón.

Terminaron de asegurar el pozo.

Había llegado el momento, ya podían comenzar a retirar el escombros.

—¡Abajo! —gritó Miguel.

Una voz preocupada le respondió, introduciendo el foco por el agujero del pozo: se trataba de Carlos.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a empezar a echar material para abajo. Vigila que lo retiren rápidamente para que no quedemos encerrados el más mínimo instante. Si no dan abasto, haced señas para que paremos el tiempo necesario, no me gustaría estar sin salida.

—No te preocupes, ya han bajado todos y somos suficientes para mover todo lo que baje por las chapas. ¡Por favor tener mucho cuidado!

Le mandaron apartarse y subieron dispuestos a arriesgar sus vidas por otra seguramente ya perdida.

Así, metieron la pala debajo de la última chapa y una enorme piedra de escombros rodó hacia ellos. No había lugar donde esconderse, ambos la esquivaron a duras penas. A

Miguel incluso llegó a rozarle la rodilla izquierda. Se hizo aún más patente el riesgo que corrían. Dos personas allí metidas eran demasiado, más que ayudarse, se estorbaban.

—Portu, estás cumplido y ya deberías estar en casa, lo sabes de sobra, y más viviendo lo que nos está tocando. Los dos aquí lo único que podemos hacer es accidentarnos, si no algo peor, así que lo mejor es que bajes a ayudar a los otros.

—¿Cómo te voy a dejar solo?

—Fácil, poniendo el culo en esa chapa y dejándote deslizar hasta la galería.

—Me quedo.

—¡Mira que eres cabezón! No te lo estoy pidiendo. Te juro que a la más mínima, te hago subir de nuevo, pero ahora debes dejarme trabajar solo. Además, si tú estás abajo, yo estaré más tranquilo.

Puso el trasero en las chapas y, sin mirar atrás, se dejó bajar. Conocía a Miguel y sabía cuándo tenía razón y cuándo no se debía discutir con él, pero estaría pendiente de lo que pasaba arriba, no le perdería ojo.

Llegó abajo y dio las explicaciones que le pidieron. Nadie puso ninguna objeción y esperaron a que por las chapas empezase a bajar el material. En realidad, nadie quería estar arriba.

Miguel comenzó a apartar escombros y pedazos de hierro retorcidos de varias decenas de kilos, que apenas podía mover arrastrándolos.

Vigilaba las enormes piedras que estaban casi descolgadas por completo y que cada cierto tiempo bajaban de improviso, dándole el tiempo justo a apartarse y evitar el ser aplastado. A veces eran tan grandes que tenía que trocearlas para que pudieran entrar por el hueco del pozo.

Era en esas ocasiones cuando alguno de los de abajo subía a ayudarlo a picar la piedra. Era material muy duro, y tardaban demasiado en conseguir trozos lo suficientemente pequeños para poder llegar a su destino.

—Paco, cuando acabes de partir esta y bajes, pide que me traigan agua: hace demasiado calor y sudo a mares.

—¿Tú crees que lo encontraremos?

—Sin duda debe de estar cerca por las explicaciones que habéis dado de dónde estaba situado. En cuanto consigamos hacer hueco y ver la galería, no debería tardar mucho en aparecer.

—Le habéis echado un par de huevos para venir, esto está para hundirse de un momento a otro.

—¿Qué hubieses hecho tú? ¿Acaso no habrías sido el primero en dar un paso al frente?

—Realmente no lo sé, pero agradezco que llegaseis. Estábamos un poco perdidos, el shock fue muy fuerte. Durante un tiempo no sabíamos qué hacer, y cuando nos decidimos a entrar lo vimos tan mal que no supimos por dónde empezar.

—No te preocupes, sacaremos a tu compañero. Ha pasado mucho tiempo, pero ¿quién sabe?

—Todos confían en ti, pero creen que arriesgas demasiado.

—Créeme, lo sacaremos aunque tengamos que estar aquí hasta mañana. Vuelve a bajar, y diles que voy a subir de nuevo.

—¡Estás loco, deberías descansar un poco!

—Ya descansaré cuando Geli esté afuera.

Llegó arriba y volvió al terrible trabajo que lo estaba dejando sin fuerzas. Había pasado toda la mañana en la mina, y ya llevaba tres horas en San Isidro. Su resistencia llegaba a su fin, y aunque estaba acostumbrado a largas jornadas cuando la caprichosa mina decidía hundirse a última hora, en todas esas ocasiones había contado con la ayuda de compañeros de toda la vida con los que compartir el trabajo.

Estaba decidido a acabar lo que había empezado y, cuando pensaba la suerte que había corrido Ángel, las fuerzas regresaban renovadas y las piedras parecían moverse solas.

Otra roca grande rodó a sus pies, la evitó como pudo.

De nuevo tuvo que poner la manga que ventilaba el pozo al martillo y comenzó a partirla.

Una luz asomó y pidió permiso para subir. Era Carlos.

—¿Qué tal te encuentras?

—Muy cansado, pero no puedo dejarlo ahora.

—Vengo de la calle, y no te imaginas la que hay montada. Están la mujer y los dos hermanos. A uno de ellos han tenido que convencerlo para que saliera, porque se había metido hasta el derrumbe. La prensa y la televisión ya han llegado también. Están hablando de llamar a la Brigada de Asturias, y quiero que me des tu opinión.

—Como poco tardarían tres horas en llegar, e iban a hacer lo mismo que nosotros. Lo intentamos otro rato, y si no lo encontramos decidimos qué hacer.

Esta vez fue Carlos quien, cogiendo el martillo de entre las manos de Miguel, rompió la piedra hasta hacerla desaparecer por el hueco.

—Otra cosa: fuera está Josema. Ha dicho que como tardes mucho en salir, entrará él a buscarte, ¡y sabes que es muy capaz!

—Cálmale diciéndole que todo va bien. Estoy convencido de que está a punto de aparecer.

No terminó su última palabra y un fuerte rugido les indicó que tenían que tirarse a la galería. Ya en ella una intensa polvareda salió por el oscuro hueco.

—¡Se ha hundido! —gritó alguien.

Carlos, nervioso, no hacía sino sacudirse el polvo que le cubría por completo.

Las miradas se cruzaron, y por un largo instante pensaron que todo estaba perdido, que ya no habría forma de recuperar a su compañero.

Poco a poco el polvo se fue asentando, así como los ánimos, y a medida que la visibilidad regresaba y las potentes luces de los focos lograron penetrar la oscuridad, casi al unísono las diez personas allí congregadas se acercaron a la boca del pozo. Esta estaba obstruida por carbón y rocas, que empezaron a retirar de inmediato.

A medida que el material era retirado se hizo evidente que el pozo aún seguía en pie. Los refuerzos puestos con anterioridad habían cumplido bien con su cometido, el techo había aguantado.

Continuaron con el arduo trabajo de apartar carbón y rocas de escombros y, cuando hubo el hueco suficiente para subir, Miguel se encaramó al cuadro y desapareció una vez más por la angosta abertura.

—¡El pozo está perfecto!

—¿Qué ha pasado? —gritó el Portu.

—Ha sido como una avalancha, hay mucho material en las chapas. Que alguien suba a ayudarme a correr todo lo que hay encima de ellas.

No fue un trabajo muy duro ni largo ya que la mayoría de material resultó ser carbón, y por la pendiente que había bajaba sin dificultad por las chapas. Sin embargo, hubo que parar varias veces, ya que abajo no daban abasto a apartar y apilar, donde ya apenas había sitio para ello, todo lo que Miguel y Pacorro echaban por las chapas.

Tenían la impresión de que en cualquier momento, al mover una piedra, al dar una patada al carbón para que se deslizara por las chapas, su amigo aparecería, pero no fue así.

Cuando consiguieron llegar arriba la sorpresa hizo presa en ellos. Desde el último cuadro de madera posteo, metiendo la cabeza entre él, pudieron ver las luces de los que permanecían en la galería de arriba.

A Miguel ahora, gracias a este golpe de suerte, le pareció mucho más fácil encontrar a Ángel, ya que desde arriba podían señalarle, sin ningún tipo de duda, la última posición de este, y examinando el terreno y la pendiente podía hacerse una idea casi exacta de dónde se encontraba lo que llevaba buscando durante cuatro largas horas.

—¿Arriba me oís?

—¡Perfectamente! No asoméis mucho que todavía puede bajar algo más. ¡Pensábamos que os había pillado! —habló Juan.

—Estábamos abajo partiendo una piedra y nos tiramos a la galería, nos dio el tiempo justo.

—Pide que venga alguien de los que estaba cuando ocurrió el accidente, para que me indique dónde se encontraba en el momento del hundimiento.

—Ya subo yo y te indico —dijo Pacorro.

De nuevo se encontró solo en el pozo, esperando a que Pacorro subiera el plano y se situase encima de él para mostrarle el lugar exacto de la zona del hundimiento que se tragó a su compañero. Apenas eran quince minutos lo que tardaría Paco en llegar arriba, pero la espera se hizo interminable, tenía ganas de abandonar ya el lugar, pero tenía claro que no lo haría hasta encontrar su objetivo, o hasta que las fuerzas lo abandonasen por completo.

—¿Miguel, me oyes?

Este, ensimismado en sus pensamientos y un poco por debajo del final del pozo, no escuchó la llamada.

—¿Miguel, Miguel?

—Sí, estoy aquí. —El cansancio hacía mella en su cuerpo, llevaba más de trece horas en la mina.

—Asoma con cuidado, que la orilla izquierda no parece muy estable.

Con sumo cuidado, mirando a ambos lados, metió la cabeza mirando hacia arriba.

Se dio una hora de plazo: si en ese tiempo no aparecía tendría que abandonar la búsqueda. La inestabilidad del terreno y su estado físico hacían desaconsejable continuar por mucho más tiempo.

—A este cuadro fue al que se agarró, seguro que no pudo aguantar y fue succionado hacia abajo.

Dicho cuadro estaba situado justo encima de su cabeza, por lo que al que llevaba buscando durante todo este tiempo debía de situarse justo debajo de él.

Con una referencia ya más que fiable, bajó de la pila de materiales y reanudó su trabajo con prisa, ya solo deseaba salir de allí cuanto antes. Durante media hora se mantuvo ocupado sacando rocas y trozos de hierro, dejándolos bajar por las chapas. En alguna ocasión, alguna roca grande o un trozo de hierro cruzado impedían que las chapas hicieran su trabajo de desalojo del material, por lo que tenía que desatascarlo y, una vez hecho, reanudar su trabajo arriba.

Una luz asomó con precaución por la boca del pozo haciendo señas para que dejase de echar material, dejando subir al portador del foco.

Por la silueta supo que el hombre que subía era Carlos.

—¿Cómo lo llevas?

—Te pido una hora y si no abandono: ya no puedo aguantar más, estoy agotado. Pero no me gustaría irme de aquí sabiendo que bajo este montón de escombros queda un marido y un padre al que esperan en casa.

—Lo siento pero va a ser el tiempo que te puedo ofrecer. La gente está muy nerviosa y solo piensan en salir de aquí, sobre todos los nuestros. Si están aguantando es por ti, de lo contrario ya se habrían marchado.

—Una hora, ni un minuto más. Ahora baja y déjame aprovecharla.

Carlos le hizo señas con las luces de que ya había llegado abajo, y reanudó la tarea de seguir desescombrando.

Un sexto sentido, agudizado por el paso de los años, le hizo correr por encima del material suelto, e intuyendo que no iba a llegar a la boca del pozo, optó por agazaparse detrás de uno de los puntales de madera que el Portu y él habían colocado al comienzo de los trabajos. Durante unos interminables minutos el polvo no le dejó ver si iba a acabar enterrado al igual que su compañero. Notaba cómo las rocas pasaban rodando enloquecidas a su lado, y el impacto de estas sobre el puntal que le separaba de una muerte segura le hizo temer por su vida.

Notó la presión de los diversos materiales aprisionándole primero los pies, luego las pantorrillas.

De repente el ensordecedor ruido cesó, no se atrevió a moverse un centímetro, el polvo lo llenaba todo de nuevo. Cuando este se asentó se dio cuenta que había sucedido lo mismo que la otra vez. Intentó sacar los pies, pero los tenía aprisionados de tal forma que no fue capaz. Tuvo que sacar los pies de las botas primero, y liberar estas después.

Los gritos se escuchaban provenientes de la galería; la entrada del pozo quedó tapada pero no tardarían nada en abrir hueco desde abajo.

Llamaban a Miguel, y a voces le pedían que respondiera.

—¡Tranquilos! Estoy bien, no os preocupéis, pero no tardéis mucho en abrirme paso.

—¡Enseguida estarás fuera! —Distinguió la voz del Portu.

Se sentó dispuesto a ponerse las botas y, al recolocarse el casco, el haz de luz distinguió un brillo que llamó su atención.

El corazón le dio un vuelco. Unos ojos sin vida le miraban fijamente, preguntándole por qué había tardado tanto. No perdió un segundo y rápidamente se dirigió hacia donde yacía el cuerpo de Ángel. Estaba situado boca arriba con la cabeza situada hacia abajo. Solo sobresalía esta del montón de escombros y, aunque era evidente que la vida había abandonado aquel desdichado cuerpo hacia algunas horas, no fue impedimento para que Miguel intentara buscarle el pulso apretando sus dedos contra un cuello excesivamente frío. Finalmente, con la pena oprimiéndole el alma, cerró los ojos de su compañero pidiéndole perdón por no haber llegado a tiempo.

Cuando hubo suficiente hueco, Carlos entró, esta vez sin pedir permiso, asustado como estaba por Miguel. Al verle arriba arrodillado sujetando con la máxima ternura algo entre sus manos, supo que lo había encontrado.

—¿Está ahí, verdad?

Miguel asintió con el foco.

—Hay que avisar afuera.

—¡Espera! —dijo Miguel casi en tono de orden—. Todavía hay que sacarlo de aquí, y preferiría que la viuda pudiera llorar su muerte abrazando a su marido. Diles a los de abajo que ya ha aparecido, pero que hay que sacarlo primero antes de decir nada a la calle.

Carlos bajó de nuevo a dar la noticia.

Comenzó a apartar las piedras y el carbón que tapaban el pecho y los brazos. Justo cuando el segundo de los brazos fue liberado, llegó Pacorro a echarle una mano. No quiso mirar la cara de su amigo, llena de moretones e hinchada al haber permanecido tanto tiempo cabeza abajo.

—Agárrale de un brazo y yo tiraré del otro, pero con cuidado, muy despacio.

—De acuerdo —respondió Paco.

Tiraron del cuerpo con cuidado. Miguel se dio cuenta de que el brazo que sostenía entre sus manos tenía el hueso roto. Al comprobar que ni tirando con todas sus fuerzas el cuerpo se liberaba, no les quedó otro remedio que seguir apartando mineral.

—Tenemos que apartar todo lo que sea necesario, hasta poder ver que es lo que le mantiene atrapado.

—¡Pero ahí está muy estrecho! Y solo uno de los dos tumbado podría hacer algo.

—No te preocupes que ya lo hago yo, tú busca un *tractel*, por si hiciera falta.

—El único que tenemos es el de levantar la tapa de la batería de la máquina de tren, y está en la calle, en la cochera.

—Sal por él, pero no digas ni palabra. Y no dejes que nadie salga contigo.

—Volveré enseguida.

Cogió la única botella de agua que había sobrevivido al segundo alud y, dándole un largo trago, se preparó mentalmente para los próximos minutos.

Subió, y tumbado de modo que su cara rozaba la de Ángel, fue apartando lo que la largura de sus brazos le permitía. Se dio cuenta de que al remover arriba, algunas piedras golpeaban el rostro de Ángel; se bajó la parte superior del buzo y, quitándose la camiseta interior humedecida por el esfuerzo y la tensión, tapó la cara que rozaba la suya.

—¡Ya has sufrido bastante! Perdóname todo lo que te estoy haciendo, pero hay que sacarte de aquí y llevarte junto a los tuyos.

Se lo dijo de corazón, como si de verdad pudiera oírle.

Tras más de media hora intentando localizar lo que le mantenía sujeto, dio con ello; un bastidor de madera aplastado entre dos rocas del tamaño de un automóvil le mantenía la pierna derecha atrapada en un ángulo poco natural.

—Vas a tener que esperar a que venga Paco con el *tractel*, así que esperaremos juntos. Tranquilo que no tardaremos en salir a la calle.

Se quedó tumbado a su lado, ofreciéndole su compañía; no sabía por qué razón, pero no le gustaba la idea de dejarle solo.

Finalmente llegó Paco con el *tractel*. Era un viejo *puli* de cadenas, pero haría bien su trabajo. Tenía pensado dónde colgarlo y de qué parte del bastidor tirar para intentar que no se movieran las piedras.

Solo fue necesario un poco de tensión en las cadenas para que la mina soltase su presa. Al salir el bastidor de debajo de las piedras, el cuerpo sin vida de Ángel quedó liberado al fin.

Esta vez la mina había sido generosa y les había devuelto a su compañero.

—¡Ya está libre! ¡Subid y ayudadnos a bajarlo!

Las caras que hasta entonces no habían pasado de la boca del pozo al estar continuamente realizando la agotadora tarea de palear y retirar las varias decenas de toneladas de material que habían ido saliendo por aquel pequeño agujero, fueron asomando, no sin cierto temor, y subiendo sus cuerpos sudorosos al pozo.

—Tenemos la camilla preparada en la galería —dijo Rafa.

Paco dejó deslizar el cuerpo sin vida por las chapas cuando desde abajo así se lo pidieron. Parecía un muñeco de trapo que un niño hubiese tirado por un tobogán.

Miguel, enfurecido, se tiró en pos de Ángel, sujetándolo por el buzo para impedir que bajara un centímetro más.

—¿Estáis tontos? No penséis ni por un instante que voy a permitir que lo tratéis así, es todavía un hombre, vuestro compañero, y como tal se merece todo el respeto del mundo. ¡Yo lo bajaré!

Solo permitió que Carlos le ayudara, y entre los dos, con suma delicadeza, bajaron el cuerpo a la galería.

Ellos mismos lo colocaron en la camilla y ajustaron los cinturones de esta sobre su pecho, cintura y tobillos, para que no se moviera al subirle por la rampla al piso superior.

Miguel comprobó que la cabeza se movía libremente.

—¿Alguien puede dejarme un cinturón?

—Toma el mío —dijo Rafa, mientras se quitaba el cinto que sujetaba sus pantalones.

Lo cogió y, retirando su camiseta del rostro de Ángel, le sujetó la frente alrededor de la camilla.

Todos giraron la cabeza al ver por primera vez el rostro desfigurado de su querido compañero.

—En la galería de arriba tenemos mantas para taparlo —dijo una voz desconocida por él.

Tomaron la camilla y en silencio comenzaron a subir, con gran esfuerzo, por la inclinada rampla que era la explotación. Se iban turnando, de forma que la camilla pasaba por entre las piernas de cada uno, de manera que siempre al menos dos pares de manos se aseguraban de que la camilla no se fuese hacia el fondo de la rampla.

Aquel último esfuerzo terminó con las ya inexistentes fuerzas de Miguel.

Llegaron a la galería de cabeza, desde donde, apenas a doscientos metros, se distinguía la luz del día.

Todos pararon para tomar aliento y cubrir con mantas el cuerpo de Ángel.

Levantaron la camilla y se dirigieron con gesto serio y abatido hacia la luz del sol.

Miguel se quedó allí, sentado, en la misma galería; había decidido salir más tarde. Se sacó las botas y sacudió las pequeñas piedras que le habían hecho heridas en los pies.

Apagó su luz para que desde fuera no se viera, y notó que alguien detrás hizo lo propio. Reconoció la silueta del Portu.

Estuvieron en silencio esperando. Desde la calle llegaba con nitidez el sonido de los lamentos y de las voces que exigían culpables.

—Creo que si salimos ahora pasemos inadvertidos —dijo poniéndose en pie.

Quitándose el casco y seguido de cerca por su compañero, recorrió el espacio que lo separaba de la añorada calle.

No cruzó palabra alguna con nadie, y al que le intentaba abordar, simplemente lo ignoraba. Se dirigió directamente al Nissan que lo había traído, lo que parecía una eternidad, antes. Abrió la puerta derecha y se recostó agotado en el sillón, incapaz de asir con sus manos el volante y salir de allí.

En ese momento su corazón se rompió. Las lágrimas recorrieron su rostro manchado de carbón, dejando surcos blancos sobre sus mejillas. La adrenalina había abandonado su cuerpo y había dejado espacio a una tristeza de la que ya nunca conseguiría librarse por completo. Pensó en el inmenso vacío que una mujer y unos niños que no conocía debían de sentir en ese instante, y una cascada de emociones escaparon de su alma en forma de pequeñas gotas de salada agua.

—¿Te encuentras bien? —dijo su gran amigo Josema.

—¡No es justo! —acertó a decir entre sollozos—. ¡No es justo! ¡Llévame a la ducha, por favor, quiero salir ya de aquí!

—La tele y la prensa querían hablar contigo.

—Yo he terminado, ¡monta en el coche y llévame lejos de aquí!

Josema respetó la decisión de su amigo, y dejando las llaves de su propio coche a quien seguramente hubiese venido con él, subió en el Nissan y, arrancando, lo puso dirección al Abuelo, la mina en la cual durante tantos años habían compartido desventuras.

Fue desnudándose por el pasillo. La calidez del agua de la ducha le reconfortó por un instante; se agachó y se sentó en el plato, intentando que con el agua se perdieran por el desagüe el sudor, el miedo, la pena y el dolor que ese día le había provocado.

A través de la mampara pudo distinguir a Josema, sentado en la silla que cada mañana utilizaba para calzarse las botas.

Agradeció su compañía, y su silencio.

6 —LA HUIDA

Antes de salir el sol se levantó del camastro desperezándose, se refrescó de forma frugal la cara con el agua helada de una palangana. Sobre su larga camisola y su calzón desgastado por el uso diario se colocó el característico hábito de los monjes pertenecientes a su orden, la benedictina.

Arrodillado al lado del jergón, rezó sus maitines. Ya puesto a bien con Dios, imploró su ayuda para la arriesgada tarea que se veía obligado a emprender. Pidió por la seguridad de todos y cada uno de sus hermanos, rogando de nuevo por que la ira de sus captores no recayese sobre ellos por culpa de sus actos. Se sentó en la mesa y encendió las velas. La escasa luz que intentaba colarse por el ventanuco no era aún suficiente para la tarea que iba a desempeñar. Apartó el diario a un lado de la mesa y se dedicó a colocar ordenadamente los apuntes que hasta ese momento había logrado traducir. Un escalofrío recorrió su columna vertebral y, levantándose, añadió un par de leños a la chimenea, aún a sabiendas que no era el frío el causante de su malestar. El fuego todavía conservaba ascuas suficientes como para hacerlo revivir. Con ayuda de un pequeño fuelle consiguió que las llamas cobrasen vida de nuevo. Satisfecho y ya con el cuerpo más templado, más por haber tenido la mente ocupada en la tarea que por el calor aportado por las nuevas llamas, se aprestó a continuar con su labor, encomendada a punta de espada.

Recogió todos los apuntes que había tomado hasta ahora de su traducción y los echó al fuego, estaba realmente convencido de que aquella información no podía caer en las

manos inadecuadas. Todo lo que le habían enseñado hasta ese momento quedaba en tela de juicio, y el poder todopoderoso de la Iglesia podía quedar en tela de juicio.

Había oído contar cientos de leyendas de que después de la valiente muerte de Jacques de Molay, último gran Maestre de la Orden del Temple, algunos Templarios habían sobrevivido a la purga comenzada por el rey Felipe IV de Francia.

Durante su muerte atado a un poste, mientras un carro de leña ardía a su alrededor, cuando las llamas comenzaban a lamer las partes desnudas de su cuerpo e incendiaban sus ropajes de caballero, nunca dejó de proclamar la inocencia de la Orden del Temple de las herejías de las que habían sido acusados por la Iglesia y por el Rey.

Una de esas leyendas contaba que antes de morir había lanzado esta maldición:

«Dios sabe quién se equivoca y ha pecado y la desgracia se abatirá pronto sobre aquellos que nos han condenado sin razón. Dios vengará nuestra muerte. Señor, sabed que, en verdad, todos aquellos que nos son contrarios, por nosotros van a sufrir.»
“Clemente, y tú también Felipe, traidores a la palabra dada, ¡os emplazo a los dos ante el Tribunal de Dios!... A ti, Clemente, antes de cuarenta días, y a ti, Felipe, dentro de este año...”»

Se dijo que una parte de los supervivientes francos habían podido salvar de la avaricia del rey gran parte de sus riquezas, y que aún hoy, en la clandestinidad seguían luchando y maquinando para cumplir con la maldición lanzada por de Molay.

El monje, como tal nunca, había creído en leyendas, pero después de más de cien años de la muerte del último Gran Maestre, unos hombres ataviados como verdaderos Caballeros de Cristo habían tomado el Santuario, y le habían buscado a él expresamente para la traducción de aquel viejo libro, que podía hacer tambalear el poder de la Iglesia, pudiendo vengar así la caída de su Orden.

Él era un hombre de Dios, pero no podía ignorar la importancia que las palabras contenidas en esas hojas podían tener para los hombres. Como hombre de Dios se había planteado destruir el diario y pagarlo con su vida. Pero también se había comprometido con los hombres, y era un compromiso del que no podía simplemente desentenderse.

Tentado estuvo de tirar al fuego aquel maldito diario, pero no lo hizo, decidiendo huir dejando a un lado las creencias de su religión, por proteger aquel legado para los hombres.

Echó al fuego la traducción realizada hasta ese momento, poniendo especial cuidado en no dejarse nada.

Recogió todos los pergaminos y volúmenes que había utilizado para realizar su trabajo y se sentó pensativo a la espera de que le dejaran visitar la biblioteca. De otra forma su plan de huida del Santuario sería imposible llevarlo a cabo.

Últimamente, con el dinero llegado de la congregación de Valladolid, de la cual dependía ahora el Santuario, se estaban llevando a cabo unas obras de mantenimiento en

la fachada del claustro gótico, construido hacía apenas unos años. Esa sería su vía de escape.

Finalmente escuchó el ruido de las pisadas, que ahora esperaba con impaciencia.

Unos pesados cerrojos de hierro fundido emitieron una especie de quejido al desplazarse sobre sus guiaderas. La fuerte puerta de roble se abrió pesadamente y ante él no apareció el mismo guardia que le había estado vigilando durante aquellos últimos días. En su lugar una figura, con un porte imponente, ocupaba casi por completo el vano de la puerta.

—Me han comentado que ha solicitado permiso para acudir a la biblioteca, hermano Nicasio. —Su voz sonó firme y autoritaria.

—Así ha sido en realidad. Necesito conocer más datos para dar a la traducción el enfoque correcto. Supongo que tengo el honor de hablar con El Gran Maestro.

—No debería usar esas palabras, podrían tratarlo de loco. Aunque eso me indica que he escogido al hombre adecuado.

—Todo esto no hubiese sido necesario, solo necesitaba el permiso del abad para la traducción del diario.

—Es usted demasiado inteligente para pensar que pudiera creerme eso; si sabe quiénes somos, también conoce nuestra historia y nuestras intenciones de poner a la Iglesia en entredicho.

—¡Pero ustedes son los Caballeros Templarios! ¡Cómo osa hablar así de la Iglesia! —exclamó encolerizado el monje.

—Hace tiempo que dejamos de pertenecer a Iglesia alguna, ahora solo perseguimos los intereses de nuestra hermandad, y el más importante de todos ellos es el de acabar con la fe en la Iglesia.

—¿Me llama loco a mí? ¿Cree que lo que sea que esconden estas páginas es tan importante para que millones de personas pierdan la fe en Cristo?

—Para eso estamos aquí, para que usted nos lo diga. Nuestro objetivo no es dejar en entredicho la veracidad de Jesucristo, sino la de sus representantes en la tierra. Aquellos que dirigen millones de almas a su antojo y que predicando la pobreza, viven en la mayor de las opulencias. Esos que promueven guerras tan solo para enriquecerse con el comercio de los lugares conquistados, con la disculpa de que allí tuvieron lugar hace mil años acontecimientos de índole cristiana. Aquellos que promulgan la igualdad de todos los seres humanos, y permiten a los reyes enriquecerse con la esclavitud. Los mismos que se toman la justicia por su mano en el nombre de Dios.

—Todo eso no son más que palabras de odio dirigidas a personas que ya no viven, los que hicieron que su orden cayese en desgracia.

—¡No! ¡A aquellos los sucedieron otros con idénticas ideas! Y nuestro sagrado juramento a la muerte de Jacques de Molay es no cesar en el empeño de hacer caer esa tiranía, y si ese diario puede ayudarnos a ello, esté seguro que lo hará.

—¿Y si me negara a traducirlo? ¿Y si no fuese capaz de hacerlo?

—Pues entonces, ¡juro por el alma de todos mis hermanos asesinados por su Iglesia que no dejaré ni vida alguna ni piedra sobre piedra cuando abandone este lugar! —gritó encolerizado.

—Puede que en la traducción no esté lo que busca, sino algo muy diferente. Entonces, ¿quién me garantiza que se irán de aquí como llegaron, sin hacer ruido?

—Su palabra de que, en efecto, no es lo que busco. Es un hombre de principios y, al igual que yo, sería incapaz de faltar a su palabra. Eso nos hace jugar con desventaja, porque mostramos nuestra debilidad a un enemigo tan poderoso como nosotros mismos.

El monje tragó saliva. Él, cuya educación había sido siempre hacia la verdad, tenía en sus manos salvar su vida y la de todos los que residían en el Monasterio de Montserrat haciendo creíble una mentira.

Sin embargo, sabía que tarde o temprano aquel tozudo hombretón encontraría la forma de conseguir su objetivo y saber qué decían aquellos símbolos enrevesados que eran la causa de la desgracia que se cernía sobre su congregación Benedictina. Puede que con la traducción en la mano no sirviera a sus propósitos, pero no podía correr el riesgo.

El haber conocido al Gran Maestre Pere Rebull le dio la certeza de la clase de hombre que era y, aunque consciente de que le buscaría en los confines del mundo, también sabía que no haría pagar a sus hermanos por su huida: sin duda se trataba de un hombre de intachable honor.

—¿Qué me dice hermano?

—¿Me da su palabra de caballero de que ninguno de mis hermano sufrirá mal alguno?

—Tiene mi palabra de eso, y de que usted caerá bajo el filo de mi espada si intenta engañarme.

Nicasio no dudó ni un instante de la veracidad de su juramento; aun así, estaba dispuesto a llevar a las últimas consecuencias el plan desarrollado la noche anterior.

—Daré instrucciones para que le dejen visitar la biblioteca y le faciliten en todo lo posible su trabajo. —Se fue, cerrando la puerta y corriendo los cerrojos.

El monje volvió a quedarse a solas con sus pensamientos; el enemigo al cual debía enfrentarse era, sin duda, un formidable adversario. No le iba a resultar tan sencillo el escapar de allí.

Se sentó de nuevo en la silla, intentando poner orden en sus pensamientos. La charla con su captor había cambiado, en cierta forma, su manera de pensar. Sabía que Pere no

era un hombre que se dejase burlar fácilmente, y eso complicaba enormemente su huida. A partir de ahora estaría mucho más vigilado.

Tenía en la cabeza la traducción que había conseguido hasta ahora, y por los derroteros que seguía esa historia, en verdad podía poner en entredicho el poder de la Iglesia. Pero, si había algo de cierto en todo aquello, sería tan importante para la humanidad que no podía simplemente quemar el diario. Quizá en los años venideros se pudiera armonizar aquel descubrimiento con su religión, sin afectar la fe en la Iglesia.

No tardó en escuchar de nuevo el sonido de pasos y el correr de los cerrojos sobre sus guías de la gruesa puerta.

En esta ocasión, fue el primer soldado quién abrió la puerta.

—El Maestre ha concedido su deseo de visitar la biblioteca, recoja todo lo necesario y sígame.

—Espere un segundo —dijo mientras recogía todos los pergaminos, el diario y un saco de vieja arpillera en la que rápidamente metió velas un tintero y varias plumas.

Al intentar meter algo de ropa de abrigo, el soldado lo detuvo.

—No creo que necesite eso.

—En la biblioteca no hay chimenea, así que sí es necesario, para que un hombre débil como yo no caiga enfermo.

—Venga, ¡no perdamos más tiempo! El Maestre está muy interesado en ese puñetero diario y cada día que pasamos aquí le pone de peor humor, y créame que eso no es nada bueno para nadie.

—Su mal humor no me interesa en absoluto, ha sido él quien ha perturbado la paz de este lugar de oración.

—Debería importarle, por menos de esas palabras he visto cómo rodaban cabezas bajo el filo de su espada, de un solo tajo, sin mediar palabra.

—Soy un hombre de Dios, no temo la muerte.

—¡Basta de cháchara! Pongámonos en marcha.

Salieron de la estancia al frío pasillo, y lo recorrieron en silencio hasta salir al claustro. A pesar de encontrarse en el mes de Abril, el día era frío. Agradeció para sus adentros aquel clima que justificaba los ropajes metidos en el saco. “El Señor me ayuda”, pensó.

En vez de cruzar en línea recta por el patio hasta la puerta que llevaba a la biblioteca, el monje, que caminaba delante del soldado, decidió continuar al abrigo del claustro durante dos de sus cuatro esquinas. El soldado caminaba custodiándole, sin mediar ahora palabra alguna.

Cruzaron la puerta que mostraba las escaleras que conducían al primer piso, donde se encontraba la fría sala donde un abad anterior había decidido que se almacenasen todos

los antiguos textos, pergaminos y manuscritos que habían ido acumulando con el tiempo mediante donaciones, más los traídos por ellos mismos de su monasterio de Valladolid, para conseguir así dar mayor relevancia a este Santuario.

Se trataba de una sala alargada, en forma de ele, con solo una puerta de entrada. Unos grandes ventanales se encargaban de abastecer de luz a todo aquel que dedicase su tiempo al estudio. Enormes estanterías que recorrían del suelo al techo, solo cortadas para dar cabida a los ventanales, recorrían las paredes de toda la estancia. Entre ellas, a lo largo, se encontraban varias mesas de estudio.

No había nadie en la estancia, sin duda el Maestre había ordenado que así fuera.

“Casualmente” los pergaminos y volúmenes que el hermano Nicasio necesitaba para su trabajo se encontraban en la parte ciega de la ele, y fue allí, en la última de todas las mesas, donde comenzó a llenarla de obras de autores persas y de pergaminos escritos en un árabe que había dejado de usarse tiempo atrás.

A pesar de que su hábito de áspera lana era suficiente para combatir la templanza del lugar, no dudó a la hora de ponerse encima el sayo que llevaba en el saco, ante las risas contenidas de su guardián. Era aquel un sayo como cualquier otro, que escondía su hábito casi por completo y con el que podría hacerse pasar por el más humilde de los campesinos.

Conocía casi de memoria algo más de la mitad de aquel diario, pero como lo que necesitaba ahora era tiempo, hizo ver que ponía todo su empeño en la labor encomendada. Revisaba libros sin parar, consultaba manuscritos que alcanzaba por medio de una ingeniosa escalera que corría, mediante un sistema de raíles engrasados todo lo largo de los estantes.

Tomaba apuntes, que más tarde garabateaba.

El soldado no lo dejó solo ni siquiera un instante.

Pasado el mediodía les llevaron el almuerzo, un cuenco de sopa ya fría, un poco de queso y un pequeño pan que el monje compartió con el Templario.

—Por una vez me gustaría comer algo caliente —se quejó el guardia.

—Si, como me temo, va a seguir encerrado conmigo, esto es lo que comerá cada día.

—Estoy harto, desde que llegamos no me he llevado a la boca nada que no fuese cecina rancia y queso de dudoso aspecto, ni tan siquiera un maldito vaso de vino me han dejado probar.

—Le necesitan alerta para que un simple monje como yo no escape a su vigilancia —apuntilló el monje.

—He luchado en muchas batallas, y he matado y visto morir a muchos hombres. Créame que ni habiendo bebido todo el vino que puedan tener aquí almacenado, usted representa un problema para mí.

Mientras apuraba las últimas cucharadas del cuenco pensó que había herido el orgullo del soldado: eso le beneficiaba, tarde o temprano se relajaría en la guardia.

Terminaron su almuerzo en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

El hermano Nicasio regresó a su mesa de trabajo, mientras el soldado recorría la estancia, observando los grandes ventanales y analizando si el monje podía escapar por alguno de ellos y dejarse caer luego por la fachada. Apartó la idea de la cabeza casi tan rápido como le había llegado; aquel escuálido hombrecillo no podría bajar por allí ni con ayuda de una sogá. Además, todas las ventanas le conducirían al claustro, fuertemente vigilado por sus compañeros.

Se sintió aliviado al pensar que lo peor que le pudiera suceder en su cometido era morir de aburrimiento.

Llegó la tarde, acompañada de una oscuridad temprana, debido a unos negros nubarrones que se disponían a dejar su carga de agua sobre el Macizo de Montserrat.

Cuando las primeras gotas comenzaron a golpear los vidrios de las ventanas, el soldado le ordenó dejar todo tal cual estaba en la mesa, y acompañarle de nuevo a su celda.

Así recorrieron el camino realizado esa mañana a la inversa, y el monje benedictino se encontró nuevamente encerrado en su aposento.

Aunque no sabía la causa exacta, extrañaba no tener el diario en su celda. No entendía cómo algo que no le había traído sino problemas, podía provocarle esa sensación.

En estos pensamientos se encontraba cuando los cerrojos de la puerta fueron abiertos de nuevo: era la primera vez que los pasos no le avisaban de una visita, tan absorto estaba en sus pensamientos.

—He visitado la biblioteca y he revisado sus papeles —habló el Maestre—, y no estoy nada satisfecho. Le he dado todas las facilidades y apenas ha traducido unas pocas frases. Y nada en ellas indica algo de alguna trascendencia, solo fechas y cargamentos de algún antiguo comerciante.

—Como puede ver, no le engañé a la hora de pedirle acceso a la biblioteca, la traducción anterior estaba equivocada, el texto trata de las anotaciones diarias de un comerciante persa de nombre Beyazid Yalal a lo largo de un viaje desde Bizancio hacia Asia, en el año del Señor de 1201.

—Por su bien espero que no se equivoque, ya que ese diario llevaba perdido en una de nuestras fortalezas por mucho tiempo, y el anterior Gran Maestre me habló de su importancia, que su contenido podría terminar con el poder de la Iglesia. Me pidió que lo custodiase a su muerte. Fue después, cuando tomé el mando, que decidí conocer los secretos que escondía.

—No creo que en un diario del viaje de un comerciante muerto hace siglos sirva para sus propósitos —mintió el monje.

—Eso seré yo quien lo decida, si es que llega al final de la traducción. Creo que está retrasando el final, y eso es algo que no le conviene. Recuerde que mi espada aún pende del cinturón, pero no dudaré a la hora de sacarla de su vaina.

Abandonó la estancia dejando la amenaza flotando en el aire, los cerrojos se corrieron de nuevo y la estancia quedó en silencio.

Apenas sí durmió y, lo poco que logró hacerlo, las pesadillas sobre su cabeza rodando a sus pies le acompañaron con temblores y sudores fríos. No temía a la muerte, pero ahora sentía la obligación de poner el diario a salvo hasta que el mundo estuviera preparado para entender lo que revelaba, y tener la suficiente sabiduría para saber aprovechar aquello que escondía.

La noche fue larga y, cuando las primeras luces del alba asomaron sobre el macizo, él se encontraba con los ojos abiertos.

Se levantó y, arrodillado junto al jergón, rezó a Dios como nunca antes lo hubiera hecho, rogándole que si lo que estaba decidido a hacer no era de su agrado, se lo hiciese saber. Esperó una señal que nunca llegó y, esbozando una sonrisa, pensó que por qué El Señor iba a tener la deferencia de molestarse con un simple monje que lo único que había conseguido en la vida era poner en peligro a toda su congregación.

Vinieron a buscarlo temprano y el día transcurrió, al igual que el anterior, con la monotonía de fingir la consulta de manuscritos y pergaminos, para poder escribir en cristiano los símbolos arabescos que se amontonaban en aquellas páginas.

El soldado, muerto de aburrimiento, ni siquiera se le acercó en todo el día, quedándose custodiando la puerta fuera de la vista del monje. Solo a la hora del almuerzo se dignó dirigirse a él, para que reanudase el trabajo lo antes posible, volviendo a la puerta bostezando y maldiciendo su mala suerte.

Cuando vinieron a escoltarlo a su celda, dos páginas nuevas quedaron sobre la mesa.

Nada importante ponía en ellas, a no ser que fueses un estudioso del comercio del siglo XIII.

No hubo visita esa noche, y la falta de amenazas logró que pudiera conciliar un sueño reparador.

Despertó con energía, con el ánimo suficiente para llevar a cabo su fuga; solo necesitaba la ayuda involuntaria del soldado: hoy, seguramente, le prestaría menos atención que el día anterior.

Se levantó del viejo camastro y se dispuso a ofrecer sus oraciones a Dios.

El sonido de la puerta al abrirse le interrumpió.

—Perdón hermano, esperaré fuera hasta que acabe con sus maitines —dijo el soldado.

—Muchas gracias...

—Ferrán de Gómez.

—¡Ya era hora de conocer su nombre! Estando todo el día juntos es lo menos que deberíamos conocer el uno del otro. Enseguida estaré preparado, Ferrán.

—Estaré fuera —abandonó la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

El fraile prosiguió sus rezos con toda tranquilidad. No lograba comprender cómo unos soldados creyentes en extremo y tan respetuosos con los ritos sagrados pudieran querer perjudicar en tan grande medida a la Iglesia.

Terminó su cometido y, acabándose de vestir, metió en su viejo saco el sayo del día anterior, pero esta vez también metió un pequeño odre de agua, queso y pan, que había estado escondiendo durante los últimos días. Rezó de nuevo para que no registrasen el saco al salir de la habitación.

Fue a golpear la puerta, pero en el último instante, agarró el tirador y tiró de ella. Le sorprendió que no estuviese cerrada. Salió al pasillo y no vio a nadie allí, por lo que decidió permanecer de pie esperando a que Ferrán apareciera.

Este llegó corriendo por el pasillo.

—Le agradezco que no haya ido a la biblioteca solo y me esperase, si se enterase el Maestre, me colgaría por las orejas de la torre más alta —dijo entre sonoros resuellos

—No osaría ir solo a ningún lado, no quisiera que interpretaran mi soledad como un intento de fuga. Por cierto, ¿qué le había hecho abandonar su puesto?

—No quería dejar mis orines al lado de la puerta que debo custodiar.

—Sin duda ese argumento no hubiese convencido mucho a un hombre como su jefe.

—Sin duda. Si está preparado, ¡vayámonos ya!

Recorrieron de nuevo el claustro, y cuando se disponían a entrar por la puerta de acceso a las escaleras que dirigían a la biblioteca una voz de alto los detuvo en seco.

—¡Alto he dicho! —tronó la voz de Pere Rebull a sus espaldas.

—Buenos días señor —saludó el soldado.

Por respuesta obtuvo un gutural sonido.

—Buenos días hermano. ¿Ha podido descansar bien esta noche?

—Dios prodiga descanso a los hombres justos de corazón. ¿Y usted? Ha podido cerrar los ojos teniendo bajo su conciencia la toma de una pacífica abadía.

—Mi conciencia no es cosa que a usted le ataña, pero sí lo es, ¡y mucho!, el progreso en su trabajo, pues en verdad creo que está intentando tomarme el pelo.

—Con espadas pendiendo sobre los cuellos de mis hermanos no es de recibo que yo le tome el pelo.

—Recuerde sus palabras durante todo el día, pues cuando caiga la noche y suba estas escaleras para comprobar sus traducciones preferiría ver un gran avance en ellas, no

quisiera que esas espadas, de las que con temor justificado habla, se tiñeran de sangre. ¡Y usted, Ferrán, no lo entretenga en absoluto, no le dé la más mínima conversación! Que pueda aprovechar bien su tiempo.

—No se preocupe señor.

El monje tuvo cuidado de disimular una sonrisa de satisfacción. Sin querer el Gran Maestre había facilitado en gran medida su nuevo plan.

Subieron las escaleras y entraron en la sala en forma de ele.

El monje fue acompañado hasta la mesa habilitada el primer día y, sin mediar palabra, el soldado, dando media vuelta, regresó a la puerta, vigilándola ahora desde fuera.

Nunca imaginó que se lo pusieran tan fácil.

Durante toda la mañana estuvo fingiendo de nuevo que trabajaba en la traducción, no quería echarlo todo a perder por una visita inesperada de Pere.

No vio al soldado hasta la hora del almuerzo, cuando le trajo en una cazuela de barro un guiso de lentejas humeantes, acompañadas de un generoso pedazo de pan.

—Parece que hoy sí va a comer caliente, Ferrán.

—Así es; de hecho le dejo, que la cazuela mía me espera en el pasillo, no se enfríe antes de que le hinque el diente.

Le oyó alejarse y más tarde cerrar la puerta.

Dijo unas palabras de agradecimiento por el alimento, y aunque no era excesivo su apetito, se obligó a terminar el guiso por completo. Comió despacio para que no pudiera sentarle mal, acostumbrado como estaba a comidas mucho más frugales. Reservó el pedazo de pan introduciéndolo en el saco.

Terminó su comida y reanudó su fingido trabajo, a la espera de que el soldado entrara a verificar que estaba de nuevo manos a la obra.

No tardó mucho en aparecer por allí.

—Le veo satisfecho, Ferrán.

—Por fin una comida como Dios manda, pensé que querían matarnos de hambre.

—Recuerde que son sus cautivos quienes cocinan.

—Pero nosotros, a pesar de las amenazas del Maestre, los tratamos como hombres de fe, y respetamos sus reglas y costumbres.

—Cierto es eso, cosa que le agradezco en demasía.

—No todos sabemos qué es lo que realmente hacemos aquí, pero son órdenes y hemos jurado cumplirlas.

—A veces hay juramentos que conducen a la desgracia.

—La verdadera desgracia sería que yo lo entretuviese más de la cuenta y corriese el rumor. Estaré justo tras la puerta, como siempre. Si me necesita, no dude en llamarme.

—De acuerdo.

Ferrán giró sobre sus talones y dirigió sus pasos hacia la puerta.

Cuando esta estuvo cerrada, el hermano Nicasio se apresuró con los preparativos de su huida.

Deshizo el nudo de la sogá hecho sobre una argolla clavada en la pared. La sogá mantenía a tres metros de altura una de las varias enormes lámparas de velas que en las noches de estudio iluminaban la estancia. Intentó deslizar esta con sumo cuidado, hasta que la mesa soportó su peso en silencio. Luego deshizo el nudo del extremo anudado a la lámpara.

Casi sentía pena por el pobre Ferrán, el castigo que recibiría iba a ser terrible. Alejó ese pensamiento de su mente mientras anudaba fuertemente un extremo de la sogá a una de las robustas patas de la mesa. No tendría problema de que la mesa no soportase su peso, ya que probablemente pesaba diez veces más que él. Antes de abrir la ventana, se aseguró de que nadie podría verle. Dejó caer el otro extremo de la sogá por la fachada, con fortuna, ya que la ventana elegida estaba situada justo encima de una de las gruesas columnas del claustro, por lo que esta resultaba invisible; la faltaba un metro y medio para alcanzar la fría piedra del suelo, pero eso no resultaría ningún inconveniente para su bien diseñado plan de fuga.

Regresó la cuerda arriba y cerró suavemente la ventana.

Estaba seguro de que hasta el atardecer no descubrirían su fuga; aun así, tenía que darse prisa. Revisó el contenido del saco, en el cual introdujo el manuscrito.

Sacando fuerzas de donde un pequeño cuerpo como era el suyo no podía sacar, empujó la mesa unos centímetros en dirección a la ventana, lo suficiente para romper la línea que tenía con la anterior. El sonido que produjo le hizo pensar que tal vez había llegado más allá de la puerta, pero unos segundos de silenciosa espera le convencieron de que no había llegado tan lejos.

Con un pequeño cuchillo que escondía entre sus ropajes se realizó, con pericia, unos pequeños cortes en una mano, lo suficientemente profundos para que sangraran en abundancia, pero sin riesgo alguno de poder contraer una infección.

Con la mano ensangrentada tomó los últimos metros de la sogá deslizándola una y otra vez por ella, cuando se vio satisfecho con su obra, cauterizó sus heridas con ayuda de una vela. Un libro entre sus dientes ahogó el sonido de sus gritos, convirtiéndolos en simples sollozos de dolor.

Colocó el libro en el cual quedaron impresos sus escasos dientes dentro del saco, no quería dejar nada al azar.

Satisfecho, limpió las minúsculas gotas de sangre que había sobre la mesa y el suelo.

Regresó a la ventana, donde de nuevo se aseguró de que nadie podía verle, abrió esta y descolgó la soga ensangrentada. Como colofón a su plan, cogió entre sus manos el crucifijo de madera que durante tantos años había adornado su pecho, lo besó, y de un fuerte tirón rompió la tira de cuero que lo unía a él. Mientras una sola lágrima recorría su mejilla, lo dejó caer por la ventana.

Recogió su saco y volvió la mirada, para asegurarse de que todo estaba correcto, y tras un misterioso sonido, desapareció de la sala. Ahora todo se encontraba en manos de Dios.

El gran Maestro entró encolerizado en la biblioteca. Ferrán, con la cabeza gacha, no sabía cómo actuar para aplacar la ira de su señor.

—Tiempo habrá de encontrar un castigo acorde a la enorme ofensa que has infligido a la Orden. ¡Ahora enséñame dónde se encontraba exactamente el monje, e intentemos descubrir cómo es posible que desapareciera sin dejar ni rastro!

—Se encontraba donde siempre, en la última mesa. Yo, como usted ordenó, me situé en la puerta para no entorpecer con mi presencia su trabajo. Nunca pensé que pudiese salvar la altura de la ventana, mucho menos con nuestros compañeros patrullando por el patio: debió de escoger bien el momento.

—¿Se da cuenta de que puede que hayan pasado más de cuatro horas desde su huida? Podría estar ya muy lejos; dé órdenes de inmediato de registrar el recinto por completo, por si se le hubiese ocurrido la estúpida idea de permanecer en él, escondido.

—Sí, señor.

—Haga venir a nuestro mejor rastreador de inmediato.

El monje sabía que los del Temple eran la élite de los soldados, y había contado con ello.

Pere Rebull se sintió humillado, jamás nadie había tenido la osadía de enfrentársele, y mucho menos un endeble monjecillo. Para colmo, no había ni rastro del diario, sin duda se lo había llevado. Si no lo encontraba sería su final como Gran Maestro, y eso era algo que su orgullo no podía consentir.

—Señor, me han ordenado que me presentase a usted —dijo el rastreador.

—Quiero que registre todo esto a fondo, ¡no pase nada por alto! Quiero respuestas, ¡y rápido!

—Sí, señor.

Salió de la biblioteca a preparar a sus hombres para la persecución, cuatro horas caminando no le podían haber llevado muy lejos en un terreno montañoso como era aquel. No sería muy difícil darle caza. Le excitó la oportunidad de volver a perseguir a un hombre, pero este había ensuciado su honor y haría de ello algo personal.

El soldado que se había quedado en la biblioteca comenzó a revisarlo todo de forma minuciosa. Cuando terminó, pensó que a su jefe no le gustaría conocer sus averiguaciones: el monje había huido delante de sus narices.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Descolgó la lámpara y con la soga ató un extremo a la pata de esta mesa. Como puede ver se ha desplazado un poco de su sitio, probablemente debido al tirón producido al colgarse de ella. El movimiento inesperado de la mesa debió de asustarle, y no pudo agarrarse con la suficiente fuerza, sus manos resbalaron por la soga. Con la sangre que hay en ella debe tenerlas desolladas. Justo donde debió de caer encontré esto —dijo poniéndolo en las manos del Maestro.

—Lo reconozco, es el crucifijo que llevaba colgado al pecho. Lo sé por la talla del Cristo crucificado.

—Lo que me extraña es que nadie lo viese en el claustro, debió deslizarse mientras almorzábamos.

—Deje un par de hombres aquí, por si se le ocurriese volver. Los demás saldremos en las cuatro direcciones, no puede resultar difícil atraparlo, él no tiene caballo. He comprobado que se encuentran todos en el establo, junto a sus dos burros y el carro.

Estuvieron fuera por espacio de dos días. Cuando regresaron, la cara del Gran Maestro reflejaba la frustración de una búsqueda infructuosa; no habían encontrado ni rastro del monje.

Fue entonces cuando comenzaron los interrogatorios a los monjes: el primero en tener esa suerte fue el Abad del Santuario.

—¿Dónde puede refugiarse, a dónde ha podido ir? —increpó Pere Rebull.

—No conozco apenas al hermano Nicasio, lo único que puedo decirle es que llegó del convento de Valladolid con otros trece monjes. No tenía más familia que su padre, y murió al poco de llegar Nicasio aquí.

—Entiendo que quiera ocultarme datos sobre su monje, pero entienda que estoy dispuesto a todo por encontrarlo, ahora mismo sus vidas no valen nada para mí.

—No puede amenazar con la muerte a un hombre de Dios, la entregaría sin dudarle si con eso protegiera la vida de mi hermano. Si supiera algo intentaría ocultárselo, desde luego, pero afortunadamente no es el caso. Puede torturarme, pero jamás le podré decir lo que no sé.

—Tal vez sea cierto y no sepa nada, pero no me juzgue por intentarlo.

El Maestro salió del despacho del Abad, y entraron dos subordinados mal encarados.

Los lamentos y gritos de dolor que a lo largo de más de una hora salieron de aquel despacho rompieron por completo la paz y la armonía que siempre se habían respirado en

el complejo. No hubo ni uno solo de los monjes que no se tapase los oídos para evitar escuchar el sufrimiento de su querido Abad.

Aun así, ninguno tenía miedo a ser torturado, ya que nadie conocía los detalles de la huida; tan solo uno de ellos intentaba disimular su temor: él era el encargado de cuidar de la biblioteca.

Los hombres encargados de torturar al Abad salieron del despacho.

—No le hemos podido sacar nada, señor —dijo el que parecía llevar la voz cantante—, tan solo lo que a usted le dijo. Creo que en verdad no sabe nada, y dudo que ninguno de los demás lo sepan.

—¡Alguno debe saber algo! Continúen los interrogatorios monje por monje, pero si tan solo uno de ellos muere en sus manos, responderán directamente ante mí. No nos conviene, si no logramos dar con su paradero, ir dejando un reguero de cadáveres cristianos: perderíamos muchos apoyos, ¡y nos son muy necesarios para poder continuar nuestra labor!

Después de interrogar a más de la mitad de los pobres monjes, el hermano Pedro, encargado de la biblioteca, a punto estaba de decir lo que creía saber, pues no soportaba más la agonía a que eran sometidos sus hermanos.

Fue entonces cuando Pere Rebull, Gran Maestro de los Caballeros de Cristo, mandó que cesasen los interrogatorios. Ordenó a sus hombres empacar sus enseres y, sin más, abandonaron el Santuario.

Solo dejaron tras de sí huesos rotos y alguna magulladura, nada que no se pudiera curar con un buen y merecido descanso.

Fue solo entonces, cuando después de asegurarse de que ningún templario acechaba, que el hermano Pedro pidió una audiencia privada con el Abad. Se le concedió de inmediato.

—Siéntese y dígame sin rodeos eso que desea contarme con tanta urgencia y misterio.

—Creo que sé dónde se encuentra el hermano Nicasio, padre —dijo agachando la cabeza avergonzado por las heridas que mostraba la cara del Abad.

—Levante la cabeza y no sienta vergüenza, sino alegría. Probablemente su silencio nos haya salvado la vida a todos. Yo he sufrido la tortura una sola vez, pero tú, hijo mío, la has sufrido por cada uno de nosotros.

—Siento mucho todo el dolor que mi silencio ha provocado —logró decir entre sollozos—. A punto he estado de confesar varias veces, pero algo me retenía, quise ver en ello la mano de Dios.

—Sin duda fue el Altísimo quien le dio fuerzas para permanecer en silencio. Ahora hay que tratar el asunto con mucha delicadeza y no comentar nada de esto a nadie: debe permanecer oculto por el momento, nos va la vida en ello.

—Si se encuentra donde creo, pienso que no pueda aguantar mucho más. Esta noche iré a comprobarlo sin despertar sospecha alguna.

—Si se encuentra, como creo, en el complejo, cosa que ni yo debo conocer por el momento, testigo habrá sido de los padecimientos sufridos por causa de él, y créame que soportará todo lo necesario.

—Un secreto muy poderoso debe tener entre manos para poner la vida de todos en juego.

—Secreto que debe acompañarlo en su marcha y que nosotros no debemos conocer.

En la más completa oscuridad y con el cuerpo entumecido por la falta de espacio, el hermano Nicasio estaba sufriendo su propia agonía. A la oscuridad y la mala postura de su cuerpo, se unían las voces y lamentos que él seguía escuchando, a pesar de haber cesado hacía tiempo. En más de una ocasión, en su voluntario encierro se vio incapaz de poder soportar tanto sufrimiento, y quiso salir a la luz y entregarse a Pere, pero en el mismo número de veces pensó que hacía lo correcto, que tenía una misión de Dios.

Para apartar esos pensamientos de su mente, recordó lo orgulloso que se sintió al escuchar la conversación entre el Maestro y su rastreador. Era consciente del buen hacer de aquellos hombres de armas, y él, un vulgar hombre, había logrado ganarles la batalla con tan solo su cabeza. Pero la guerra aún no había cesado.

Ardía en deseos de salir de su madriguera, pero se prometió a sí mismo que no lo haría hasta que su buen amigo bibliotecario fuera a indicarle que el peligro había cesado. Solo ellos dos conocían aquel lugar, y estaba seguro de que Pedro habría imaginado su plan.

Cuando llegó a Montserrat su amor por los libros le hacía pasar largas horas enfrascado en el deleite de la lectura; fue ese amor compartido lo que hizo que entre él y Pedro se forjase una gran amistad.

Fruto de esta amistad llegó el deseo de compartir un secreto que Pedro había guardado durante años, sin saber bien la razón. Un pequeño compartimento que descubrió por casualidad, mientras limpiaba y catalogaba los miles de libros que contenían las estanterías. Un lugar al que se accedía mediante un resorte escondido entre las filigranas talladas de la estantería, que liberaba un pasador que permitía deslizar una pequeña parte de esta a través de un ingenioso mecanismo de resorte, invisible a la vista una vez cerrado de nuevo.

Tan solo ellos dos conocían de la existencia de ese lugar, que por el momento le había salvado la vida.

A Nicasio le preocupaba su inminente enfrentamiento al abad. No imaginaba siquiera la reacción de este, ni si lograría su apoyo.

Cuando la noche cerró por completo sobre el macizo, y las montañas desaparecieron de la vista, el hermano Pedro, armado con una vela, se internó silenciosamente en la

biblioteca, se sentó a la mesa que Nicasio había utilizado en su trabajo y habló como si leyera en voz alta para sí mismo.

—Se han marchado, pero creo que todavía no es seguro. Pere habrá dejado algún hombre por los alrededores. He hablado con el abad y tienes su apoyo en tu empresa, pero te pide un poco de paciencia. No temas por nuestros hermanos, ninguno ha sufrido graves daños.

Por contestación recibió dos pequeños golpes sobre la madera de la estantería, golpes que sonaron a gloria a Pedro. No se había equivocado al no hablar, de lo contrario su amigo estaría muerto.

—Sobre la mesa queda agua y comida. Tarda un poco en salir a por ello y aprovecha para estirarte, pero debes volver dentro hasta que yo venga a por ti. ¡Aguanta un poco más, hermano!

Escuchó los pasos de Pedro al alejarse y el sonido de la puerta al ser cerrada con llave desde fuera.

Su corazón se había llenado de gozo al escuchar las palabras de su amigo. Sus hermanos y él estaban a salvo, y contaba con el apoyo del abad.

No solo le habían tranquilizado las palabras de su hermano: el saber que dentro de poco podría salir de aquel agujero y estirar las piernas, era para él como un regalo caído del cielo.

Esperó todo lo que pudo, y tirando del soporte interior abrió la trampilla, salió arrastrándose del agujero y poco a poco se fue poniendo en pie. Le hormigueaban las piernas, y hasta que consiguió que la sangre le circulara a todo lo largo de las extremidades, los dolores fueron insoportables.

Agradeció el poder sentarse a la mesa para poder comer lo que su amigo había tenido la delicadeza de llevarle.

No se arriesgó a encender ninguna vela, la luz de la luna que se colaba por la ventana era más que suficiente para lo que tenía que hacer.

Comió con avidez, casi atragantándose a cada bocado. Por primera vez en muchos días se sintió a salvo.

Cuando los primeros rayos de sol consiguieron traspasar las vidrieras de los grandes ventanales, recogió y limpió la mesa y, resignado, regresó a su escondite.

Esperaría noticias del hermano Pedro.

Las horas de espera se le hacían interminables, y ni siquiera la sosegada paz que le transmitía el rezo logró tranquilizarle.

Finalmente se quedó dormido arrebujado en su sayo de áspera lana y soñó con la aldea de los ángeles de la que hablaba el diario.

Le despertaron unos suaves golpes dados en la vieja librería.

—¿Estás ahí, hermano?

El cansancio y la tensión a la que tenía sometido a su pequeño cuerpo y a su mente habían dicho basta, y se tomaron su tiempo antes de estar en condiciones de poder contestar.

—¿Y dónde iba a estar? —fue su agria respuesta.

—Temía por ti, llevo un rato golpeando sin obtener respuesta alguna.

—Mi cuerpo no quería despertar, pero creo que vuelvo a ser dueño de él. Abriré los ojos al nuevo día.

—A la nueva noche —corrigió su amigo.

No obtuvo contestación.

Aplicó presión al resorte interior, y la trampilla se deslizó con suavidad. Salió de su particular encierro y se estiró en toda su largura, que a decir verdad no era mucha.

No se dio cuenta hasta acabar sus necesarios estiramientos, de que eran dos las figuras que lo observaban. Se quedó sin habla, no se esperaba que su amigo le hubiese contado nada al abad y mucho menos que este le visitara en su escondite a hurtadillas del resto de los monjes.

Afortunadamente para él, fue el mismo abad quien dio comienzo a la conversación.

—¿Cómo te encuentras, hijo?

—Bien padre, pero veo que ha sido usted quien ha recibido la ira dirigida a mi persona —dijo mirándole las magulladuras y heridas que portaba en su rostro.

—Que no te preocupe lo que, hijo mío, sin duda el cuerpo curará, y mi alma sigue intacta.

—Han sido unos terribles días, y son muchas las explicaciones que he de darle, aunque he de avisarle que algunas de ellas no sean fáciles de asimilar. Otras necesariamente deben quedar fuera de la conversación por seguridad para la Abadía. Créame, padre, que todo lo que diga es verdad, y que justifica todo lo que he hecho y lo que, a mi pesar, estoy destinado a hacer.

—¿En verdad es tan peligroso para la Iglesia ese diario? —preguntó el abad.

—Suponiendo en las manos que caiga, y del uso que se dé a la información que contiene, podría hacer caer toda la jerarquía eclesiástica establecida, provocando un verdadero caos en nuestra religión.

—Entonces lo más lógico sería, si es tanto el peligro que se corre, destruirlo sin más.

—No es tan sencillo, padre, y Dios sabe las veces que a punto he estado de tirarlo a las llamas de la chimenea. El poseedor de este manuscrito tiene una gran responsabilidad en sus manos, y aun sin entenderlo, el Señor ha querido que esas manos sean las mías.

—No entiendo que no considere destruirlo y olvidarse de todo.

—Me gustaría que entendiese que mi condición de religioso no solo me obliga para con Dios, sino que también me obliga a ser fiel a los hombres. Y creo que la información aquí recogida por este mercader pertenece más a la humanidad que al reino de Dios. Aunque por desgracia esta aún no esté preparada para entenderla, ni para aprovecharla. En verdad creo que el Señor ha cruzado mi destino con el de Beyazid por alguna razón, y que esta es sin duda procurar todos mis esfuerzos para que esta información llegue a la época y a la persona adecuada, aunque eso signifique dedicar toda mi vida a tal empresa.

—No digo que la razón no le acompañe, pero ¿de verdad cree que el riesgo de no destruirlo merece la pena?

—En el momento que traduje la palabra escrita por Beyazid, supe que daría mi vida por proteger sus escritos, aunque todavía no he llegado al final. ¡Y Dios me perdone!, que mataría, si con ello evitase que cayese en las manos equivocadas.

—¡Sus palabras no son dignas de un servidor de Dios!

—Recuerde que el Señor se sirvió del Arcángel San Gabriel, y aún con más cercanía, de los cruzados para liberar Tierra Santa, dándoles carta blanca a la hora de asesinar a otros seres humanos, cuyo único pecado era profesar una religión que no es la nuestra.

—Aunque no comparta algunas de sus opiniones, su convicción y su seguridad me alientan a creer en la veracidad de su empresa, y no puedo por menos que darle mi bendición y toda la ayuda que me sea posible.

—No se imagina lo que su bendición significa, padre: si marchase sin ella, la dureza de la carga habría sido cien veces más pesada.

—¿Qué piensa hacer?

—Lo primero salir de aquí; luego, juntarme con los peregrinos a Santiago, y en el lugar y momento oportuno girar hacia mi destino, que ni tan siquiera usted conocerá.

—Lo comprendo, estaremos más seguros si en verdad no conocemos ningún detalle.

—Podría salir escondido en el carro que baja al mercado del pueblo cada día —habló por vez primera Pedro.

—Perdóname, hermano, pero tan solo vosotros dos debéis saber de mí, y ninguno de los dos baja habitualmente al pueblo. Levantaría sospechas, y seguro estoy de que aún siguen vigilando el Santuario.

—¡Explícanos pues qué habías pensado!

—Saldré mezclado con los artesanos que trabajan en la fachada, ataviado como ellos y portando en mis manos, al igual que ellos, herramientas necesarias para realizar su trabajo. Eso y mi aspecto desaliñado de estos días me harán pasar inadvertido. Además, pienso que si durante este tiempo han estado vigilando sus idas y venidas, habrán relajado en gran medida su vigilancia.

—Yo me ocuparé de proporcionarte la ropa y la herramienta necesaria —dijo Pedro.

—Así lo esperaba, hermano. Una vez fuera, me convertiré en un peregrino más, y aunque no de corazón, desde ese mismo instante renunciaré a mi condición de monje hasta el fin de mis días.

Dio la conversación por terminada, solo añadió que sería dentro de dos días cuando se marchase para siempre del que había sido su hogar durante el último año.

El abad se despidió y se marchó primero. Al quedarse a solas con Pedro, Nicasio habló de nuevo.

—Pedro, esta noche necesitaré que hagas algo más por mí.

—Solo has de pedirlo.

—Debes dejarme la llave de la biblioteca para poder salir de ella, y dejarme en el establo al lado del carro estas herramientas —dijo, a la vez que le entregó un pequeño papel con algo escrito en el.

—No sé qué te propones, pero deberás dejarlo para más tarde porque el abad me dijo que quería regresar esta noche para ver en qué te podía ayudar.

—De acuerdo. Además necesito un favor de él.

—Me voy, acuérdate de que regresaremos más tarde.

—De acuerdo, no te preocupes.

De nuevo se quedó solo, y sentado ahora a la mesa, comenzó a pulir mentalmente su verdadero plan de fuga. Necesitaba salir sin que nadie se enterase, no podía poner a nadie más en peligro.

Esa misma noche el abad y Pedro volvieron a visitarle.

—Tendremos todo preparado para que mañana al atardecer, cuando los artesanos abandonen la Abadía, puedas marchar con ellos —dijo el abad.

—Quería pedirle dos favores, padre.

—Dime, hijo mío.

—Lo primero es que me escriba un documento de cómo perdí a mi familia y todas mis posesiones, incluidos mis documentos en el desgraciado incendio de mi casa; que mi nombre es Ángel del Amo, y que mi oficio es el de maestro. Expedido por usted y con el sello del Santuario, nadie dudará de su veracidad, y me abrirá las puertas allí donde comience mi nueva vida.

—Pedro, haga el favor de acercarse discretamente a mi despacho y traiga un documento en blanco de la Abadía junto con el sello que se encuentra encima de la mesa.

—Sí, padre, enseguida vuelvo.

Pedro se fue con paso ligero a cumplir el mandato del abad.

Estando a solas, el abad extrajo de entre sus ropajes un saco de cuero de buen tamaño y lo puso entre las manos del monje.

Este rápidamente noto el peso, y al abrirlo casi se le para el corazón.

En él había varios ducados de oro, así como un buen puñado de reales y maravedíes: se trataba de una auténtica fortuna.

—Padre, lo siento pero no puedo aceptarlo. ¿De dónde ha salido este dinero?

—No te preocupes por eso, he llegado a comprender que la empresa que comienzas es mucho más importante que terminar las obras de la fachada y el nuevo consistorio.

—Pero padre, no necesito tanto.

—¡Necesitas de todo lo que te pueda proporcionar! Pero ten cuidado de no llamar demasiado la atención. Un maestro de escuela no debería tener la bolsa tan llena.

—Pero, ¿y los obreros? Se quedarán sin trabajo por mi culpa, y sus familias pasarán necesidad por mí.

—No sufras por eso. Según desaparezcas pediré audiencia con el Obispo, y le explicaré todo lo acontecido los últimos días, excepto lo del diario, por supuesto. El saber que la Orden del Temple sigue activa y que su objetivo es derrocar a la Iglesia me pondrá en una favorable situación de poder. Le pediré que haga llegar la importante noticia al Santo Padre. Lamentablemente, al abandonar la Abadía, el Gran Maestre se llevó con él los donativos recogidos para financiar las obras, y estoy seguro de que la información en mi posesión proporcionará a la Abadía más fondos de los que llevas en ese saco.

—Discúlpeme padre, pero es usted un viejo zorro.

—Solo me siento con la obligación de ayudar a un hermano en una causa, que ahora creo justa, y de paso aprovechar una valiosa información para el bien de nuestra comunidad.

—Se lo agradezco en verdad, este dinero me abrirá muchas puertas que de otro modo permanecerían cerradas.

Unos pasos alertaron de la llegada de Pedro con el documento en las manos.

El abad lo redactó rápidamente, tal y como Nicasio se lo pidiera; y estampando su firma y el sello del Santuario el documento podría ser presentado frente a cualquier autoridad.

Así, el hermano Nicasio se convirtió en Ángel del Amo, de profesión maestro de escuela, formado en un monasterio de Valladolid.

—Ahora he de pedirle algo de lo que sin duda me arrepentiré durante toda mi vida, pero que será necesario para poder representar mi nueva vida. Quiero que me libere de mis votos.

—¡Pero, eso! ¿Es realmente necesario?

—Créame que sí lo es. El camino que he de recorrer no me permitirá estar atado a unos votos que limiten mi forma de actuar.

—¡Ni tan siquiera sé si tengo autoridad para ello!

—Con unas simples palabras tuyas me daré por satisfecho, y saldré de aquí convencido de mi nueva identidad.

—Si en verdad lo crees así, en este mismo instante quedas liberado de tu unión a la Iglesia como hombre de Dios. Nadie hablará más del hermano Nicasio. Te llamas Ángel del Amo, viudo y maestro de escuela, en peregrinación a Santiago para pedir al santo que acoja a su malograda esposa y la cuide y la ame como lo hicieras tú en vida.

—Créame que en verdad no es lo que deseo, pero en mi camino tendré que tratar con gente, y hacer cosas que ningún religioso debiera hacer.

—Tú mejor que nadie sabes lo que más te conviene.

Sin darle tiempo a más, se fundió en un sentido abrazo, y deseándole la mejor de las suertes, abandonó la biblioteca.

Ángel del Amo se sintió abrumado por la muestra de afecto del que hubiera sido su abad hasta ese mismo instante.

—Pedro, ¿has logrado lo que te pedí?

—Sí, hermano, aquí tienes la llave de la biblioteca, y las cintas de cuero. Los clavos y el martillo están escondidos bajo el carro. No sé qué te propones, pero supongo que la ropa y herramientas de los artesanos de poco te sirvan ya; no obstante aquí quedarán, por si acaso.

—Deberíamos despedirnos ahora, no quisiera que el destino no nos diese la oportunidad.

—Has sido un buen compañero de lectura, echaré de menos tu ayuda con los libros en otras lenguas.

—Adiós, hermano, nunca olvidaré lo que has hecho por mí, aun a costa de poner tu vida en peligro.

—Fue una suerte descubrir este hueco, ¿no crees?

—En realidad, creo que este espacio ha salvado uno de los avances más importantes de la humanidad; ahora me toca a mí salvaguardarlo.

Pedro dio media vuelta y, sin mirar atrás, con lágrimas corriendo libremente por sus mejillas, salió de la biblioteca, cerrando la puerta tras de sí.

Nicasio, de nuevo solo, pensaba en el camino recorrido hasta ahora, en su padre, que lo había entregado en un convento porque no podía alimentarlo. En sus largos años de novicio, y de cuando, con gran alegría, había tomado los votos. Se pasó su vida entregado al estudio, y lo único que le animaba en su nueva vida era la oportunidad de poder

transmitir algo del conocimiento adquirido. Pero el tener que renunciar a su vida religiosa se había llevado la mitad de su alma con ella.

Tomó aire, preparó su viejo saco, e introdujo en él todo lo necesario, sin olvidarse del diario, el cual había envuelto en varias capas de tela.

Cuando la Abadía se encontró en completo silencio, con el saco al hombro y por primera vez en días, salió de la biblioteca. Cerró con llave la puerta y depositó esta encima del marco, como quedara con Pedro.

Se dirigió con furtivos pasos hacia el establo y, una vez allí, hubo de calmar a los dos burros que no esperaban la visita nocturna. Miró debajo del carro y encontró el material pedido.

Tendido bajo el carro tomó medidas de las fuertes tiras de cuero alrededor de varias partes de su cuerpo. Con un afilado cuchillo cortó tres tiras de diferentes longitudes. Cogió los clavos y el martillo y se dedicó a clavar los tres trozos de cuero en los bajos del carro, entre ambos ejes, allí donde un hombre colgado sería completamente invisible a los ojos de nadie.

No tenía miedo a que se escucharan los golpes, dentro del establo no llegarían a los oídos de nadie en el Santuario.

Cuando se sintió conforme con el trabajo realizado, comprobó que el cuero soportara su peso sin limitaciones, subió encima del carro y, golpeándolos de nuevo, dobló la parte sobresaliente de los clavos que atravesaban la madera. Los clavos remachados de esta forma no se veían, debido a la paja y la mugre del mismo carro.

Con el trabajo ya hecho y satisfecho, se recostó debajo del carro, a esperar que este fuese movido.

Amaneció y se escondió lo mejor que pudo, se ató el saco alrededor del cuerpo, y esperó el momento oportuno para situarse entre las correas y la tablazón del carro. Las puertas del establo se abrieron, y mientras el monje encargado de bajar al pueblo enganchaba los animales al carro, él se colocó en el lugar que de allí le sacaría. Era incómodo permanecer en esa postura con la cabeza colgando y el cuello en continua tensión para poder mantenerla arriba. Se dio cuenta de que una correa más para la cabeza le hubiese sido de gran ayuda, pero era estúpido pensar en eso ahora. Por fin el carro salió del establo.

A pesar de la anchura considerable de las correas, estas, con el traqueteo del carro se hundían en su carne. Se consoló al pensar que en poco tiempo estaría en ruta hacia Santiago de Compostela.

Después de varias leguas de soportar el cuero clavándose en su cuerpo y pensando que perdería la cabeza en el próximo bache, llegó al lugar donde había previsto abandonar el carro.

Se cercioró de que nadie le viera y, sacando el cuchillo, cortó primero la correa que sujetaba sus piernas. Sintió estas colgando arrastrándose por el camino, dormidas por la falta de circulación de la sangre. Cortó la que aseguraba su pecho, quedando en una cómica postura doblado sobre su estómago, sujeto por la última de las correas.

Finalmente cortó de un solo tajo esta última, teniendo especial cuidado al caer de alejar de su cuerpo el cuchillo que aún conservara en la mano. Cayó pesadamente al suelo, dejando pasar el carro por encima de él.

Miró alrededor y, al no ver a nadie, se tomó su tiempo para incorporarse, mientras la sangre comenzaba a recorrer de nuevo sus piernas provocándole horribles dolores. Como pudo se introdujo en el bosque, y bien escondido de miradas indiscretas desde el camino, se recostó en la base de un pino. Al cabo de un instante estaba profundamente dormido.

7 —EL MAESTRO Y EL MENDIGO

Al despertar vio unos ojos que le observaban, súbitamente el pulso se le aceleró.

—¡Por favor, no quisiera asustarle! —dijo el dueño de aquellos ojos.

—¿Cómo no asustarse si al despertar me encuentro siendo observado por un extraño, en medio de ninguna parte?

—Por eso mismo, porque tan solo le observo, a pesar de mi enfermiza hambre, he preferido esperar y velar su sueño que robarle lo que sea que lleve en ese saco.

—Si es tanta su hambre, ¿porqué no despertarme?

—Me pareció que necesitaba el descansar tanto como yo el comer, y desde que le vi a través de la maleza llevo esperando que despierte para mendigarle un poco de comida.

La respuesta de su interlocutor le pareció graciosa. Aflojó un poco la mano que sujetaba el afilado cuchillo tras su espalda, y finalmente lo soltó.

—No es mucho lo que puedo compartir, pero mi alimento es el suyo también.

—Estoy acostumbrado a conformarme con poco. Cualquier cosa será suficiente y mi agradecimiento será sincero.

Ángel metió la mano en el saco y en ella apareció primero un pequeño queso, y de seguido un trozo de pan.

El extraño abrió sus ojos como si ante ellos se mostrase el mejor de los banquetes.

Con vergüenza sacó el cuchillo de detrás de la espalda.

—Veo que no me equivoqué al dejar que siguiera durmiendo.

—A decir verdad, no creo que hubiese sido capaz de usarlo.

—¿Está dispuesto a compartir su comida conmigo, un extraño?

—Es mi deber como buen cristiano. Si el que tiene algo para compartir no lo hace con quien lo necesita más que él, ¿de qué sirve tenerlo?

—Extraña su forma de pensar en estos tiempos que corren, pero aceptaré de buen grado compartir su comida. Mi nombre es Juan Díaz de Alcocer, e intento llegar a Santiago para poder curar mi alma.

—Ángel del Amo, y ahora que ya nos conocemos, hora es de almorzar lo que buenamente podamos.

Compartieron el queso, el pan y bebieron vino del mismo jarro, sin mediar palabra alguna hasta quedar satisfechos.

El monje siempre había tenido un sentido extra para valorar a las personas, y ahora le indicaba que este extraño mendigo era un buen hombre.

Pensó que los del Temple seguirían su búsqueda, y que un compañero de viaje quizá no fuese una mala idea.

—Algo me dice que no siempre fuisteis mendigo.

—Nadie nace soldado, ni artesano, ni tan siquiera rey. Hay veces en que un giro en la vida te cambia esta por completo. Pero si no le importa, preferiría no hablar de ello. Soy un mendigo, y no he robado ni asesinado nunca. Eso debería bastar por ahora.

Sus palabras fueron tan firmes y su vocabulario tan bien escogido que al instante supo que detrás de aquella capa de mugre y harapos, se escondía un hombre culto con una triste historia.

—No insistiré, si ese es su deseo.

Permanecieron largo tiempo recostados reposando la comida, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Mentalmente, Ángel quiso poner en una balanza las ventajas y los inconvenientes que podía conllevar el ir, en su particular peregrinaje, acompañado de otra persona. Finalmente decidió que sería mucho más fácil burlar las iras del Gran Maestro, que sin duda andaría buscando a un hombre solo, escondiéndose por los caminos, que si eran dos los peregrinos que viajaban a la vista de todo el mundo. Decidió que a partir de ese momento no se escondería: la canosa barba de días y la falta del hábito que siempre había vestido eran un disfraz más que suficiente.

—Verá Juan, he pensado que ya que los dos tenemos el mismo destino y, aunque no me sobren, tengo los recursos necesarios para llegar los dos a los mismos pies del Santo, me gustaría proponerle continuar el camino juntos. Los caminos son a veces peligrosos, y creo que el ir acompañados el uno del otro sería un beneficio para ambos.

—Se arriesga, sin conocerme, a compartir trescientas leguas conmigo y, no contento con eso, se ofrece a compartir sus recursos con un completo desconocido. A fe mía que sois un loco, o una persona que no desea ser encontrada.

La inteligente respuesta cogió a Ángel del todo desprevenido, sin duda había juzgado bien el intelecto de aquel hombre.

—Simplemente puedo decirle que nos podemos hacer un favor mutuo, y que la compañía de un hombre de su inteligencia me hará más llevadero mi peregrinaje.

—Creo que tiene más motivos de los que dice, pero yo no soy quien para juzgarle, además de que no me encuentro en situación como para negar la cortés ayuda de alguien a quien considero un buen hombre, aun sin conocerle. Acepto su propuesta. Caminaremos juntos hasta Santiago de Compostela, y allí que cada uno purgue sus pecados.

—Los míos, aunque no muchos, no sé si merecen ser perdonados. Pero no es esa la carga de mi peregrinaje. Mi amada esposa falleció en el incendio de nuestra casa mientras yo no estaba en ella, y ello me ha torturado durante mucho tiempo. Finalmente decidí abandonarlo todo y emprender viaje para pedir, ya a los pies del Santo por el alma de mi esposa.

—Sin duda la causa más honrosa, y que me da una pista más del gran hombre que acompañará mis pasos.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo a la vez que sacaba unas calzas y una camisola del ya famoso saco, lanzándoselas a Juan—. Debería ponerse esto y deshacerse de esos harapos.

—¿En verdad desea hacerlo? Así, sin que le dé más explicaciones.

—Cada uno tenemos nuestros motivos para hablar o callar lo que quizá nuestra mente no está aún preparada para compartir con nadie. No puedo juzgarle por eso, cuando yo mismo tengo razones que guardar. Me basta el saber que es una buena persona y que su compañía restará peligro a la andadura de estos caminos.

—Es la primera persona que me ha tratado como un igual en mucho tiempo, se lo agradezco. Tiene mi palabra de Doctor de la Corte, que no ha sido ningún error el tratarme como lo ha hecho.

—Intuía que era hombre de estudios, la conversación será más interesante así.

—Bien, ahora que vuelvo a sentirme un hombre, es hora de retomar el camino —cortó la conversación Juan.

Salieron al camino y como dos peregrinos más, caminaron sin ningún temor; Ángel pensó que de nuevo Dios estaba de su lado.

Los días transcurrieron entre pasos e interminables charlas sobre todas las ciencias conocidas, aunque Ángel tuvo buen cuidado de no desvelar la facultad que había llevado al Temple hasta el Monasterio en su busca.

En la siguiente aldea consiguieron nuevo calzado para Juan, que prácticamente caminaba ya descalzo.

Ángel llegó incluso a olvidar por algún momento lo que escondía arropado entre paños en el fondo del saco.

—Tendremos que recortar algún gasto si queremos llegar a Santiago, una boca y una cama más harán que mi bolsa se vacíe más rápido de lo que yo esperaba —dijo Ángel.

—No sería buena cosa acabar los dos pidiendo limosna al borde del camino.

—Habría merecido la pena por conocer una mente como la suya. No obstante, no llegaremos a tanto, solo que en vez de posadas tendremos que visitar las hospederías de los conventos para los peregrinos.

Una tarde de lluvia llegaron a Roncesvalles, donde se refugiaron en la hospedería que los monjes de un pequeño monasterio habían habilitado para procurar comida y cama a mendigos y peregrinos por una noche.

A medida que caminaban, los cimientos de su amistad fueron haciéndose más sólidos, hasta el punto que una noche, en la posada de la pequeña villa de Santo Domingo De La Calzada, y después de unas jarras del buen vino de la zona, Juan de Alcocer se sinceró con el antiguo monje.

—Como ya le conté no soy ningún mendigo, más bien toda mi vida fui un hombre poderoso, tanto que me extraña que no reconociera mi nombre.

—¿Debería haberlo reconocido?

—Por supuesto no todo el mundo me conoce, estas tierras son muy anchas y siempre procuré ocultarme entre las sombras de la Corte, pero sí, mi nombre es lo suficientemente conocido para que me hubiera tachado de loco al decírselo.

—Allá donde estuve nunca lo oí nombrar.

—Soy el Doctor Juan de Alcocer, miembro del Consejo Real y Oidor de la Audiencia, o al menos lo fui hasta que la desgracia se cebó en mi familia. Se la llevó la Peste como un río arrastra el lodo, mientras yo me encontraba en la Corte. Cuando me dieron la noticia y quise llegar a su lugar de residencia en Monistrol de Montserrat, solo me encontré con una casa vacía, y a mi mujer y a mis tres queridas hijas enterradas en una fosa común, alejada del pueblo. Ni tan siquiera pude darles un digno entierro. Sencillamente perdí la cabeza y mi alma quedó destrozada. Renegué del poder que poseía, que no podía devolverme lo que más quería, y emprendí camino con lo puesto a pedir al Santo que cosiese mi alma rota.

Al oír nombrar un pequeño pueblo tan cercano al monasterio, Ángel dudó por un momento de su compañero, pero cuando vio cómo las lágrimas recorrían libremente sus mejillas, sin consuelo, se dio cuenta de que ciertamente era un hombre con gran pena en el alma.

—Siento enormemente su pérdida, pues yo, que solo perdí a mi mujer, cambié mi vida para procurar que ella descansase como buena cristiana que era. No puedo ni imaginar el dolor de no solo perderlas a todas, si no el no tener un lugar donde ir a hablarles cuando lo necesite.

—Eso es lo peor, y todas las noches me acompaña; incluso el olor de sus cuerpos quemándose antes de ser tirados a la fosa toca en ocasiones mi nariz.

—Mala compañía es esa, pero creo que está siendo muy duro consigo mismo y hasta que no consiga perdonarse por lo que no pudo haber evitado, en forma alguna su alma volverá a ser la misma.

Terminaron de cenar y fueron a acostarse, cada uno con el recuerdo de lo que habían dejado atrás.

El siguiente día apareció acompañado de un espléndido sol, por lo que decidieron intentar llegar a San Juan de Ortega, a una distancia de dieciocho leguas, y situada muy cerca de la hermosa villa de Burgos y su imponente catedral.

Pasaron la mañana caminando sin mencionar lo dicho la noche anterior, como si esas palabras no se hubiesen pronunciado jamás.

—Deberíamos descansar y comer algo —dijo Juan—. Con las fuerzas bien repuestas no tendremos problema en alcanzar nuestro destino de hoy.

—Cansado estoy y hambre tengo, así que busquemos un buen sitio donde reposar.

Comieron y hablaron del sol, del buen ritmo que llevaban e incluso de mujeres, tan metido en su papel estaba Ángel, pero el tema de la noche pasada quedó relegado al olvido. Ángel respetó en todo momento la decisión de su amigo de no volver a hablar de ello.

El tema fueron las matemáticas y la filosofía. Hablaron de Platón, de Sócrates, Aristóteles. Juan tenía respuestas para todo, estaba versado en matemáticas, ciencias y filosofía. Ángel se dio cuenta del verdadero maestro que tenía a su lado y sus conocimientos le parecieron poco más que una gota en el océano de la sabiduría de Juan.

—Todo lo que le conté anoche es cierto —dijo de improviso bajando la mirada.

—Ni por un segundo dudé de su veracidad, pero si no quiere hablar más de ello lo respetaré, aunque hay veces que dejar salir lo que uno guarda dentro es la liberación del alma, si me permite decirlo.

—Su compañía y su conversación alivian parte de mi pena, y usted me hace mirar la vida de modo diferente. Es un hombre poco común, y algo extraño dentro de mí me indica que su papel a interpretar en esta vida es de suma importancia.

—Es usted con su consejo a los Reyes el que puede conseguir que este reino funcione.

—No crea que resulta fácil aconsejar a ese par de cabezotas; hay veces que hasta el más humilde de los campesinos entendería que las cosas no se pueden hacer como ellos

desean, y sin embargo no ven más allá de sus narices. Pero bien es cierto que Isabel y Fernando lo están haciendo bien a la hora de intentar unificar el Reino.

Que hablase con tanta franqueza, y se permitiera llamar cabezotas a los mismísimos Reyes Católicos, le dio una idea de lo cercano que era su puesto en la Corte, junto a ellos.

—Creo que si queremos llegar antes de que caiga la noche, deberíamos regresar al camino —dijo Juan.

Así lo hicieron.

Su destino apareció a tiro de piedra con las últimas luces del atardecer.

El día había sido largo y agotador, así que entraron en la primera posada que les aconsejaron, cenaron frío y durmieron como los dos cuerpos cansados que eran.

El amanecer llegó antes de lo deseado, pero con la cercanía de Burgos (su próximo destino) anduvieron sin prisas.

Sin darse cuenta, el verdadero destino de aquel viaje se había convertido en las largas charlas y discusiones que mantenían sobre uno y mil temas, aunque cada uno escondiera sus propios secretos.

Forjaron una gran amistad, y fue tal la confianza que Ángel había depositado en su amigo, que en varias ocasiones a punto estuvo de confiarle el secreto del diario. Solo le detuvo el hecho de desear el no ponerlo en peligro.

Desayunaron tarde y salieron dirección a la villa de Burgos con intención de visitar su famosa catedral. Cuando sus pasos habían cubierto apenas dos leguas, vieron cómo unos soldados a caballo se dirigían directamente hacia ellos. Ángel tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que el corazón no abandonase su pecho.

—Buenos días, señores —dijo el que parecía ser el capitán.

—Buenos días capitán —respondió Juan, más acostumbrado a tratar con soldados.

Afortunadamente no se trataba de la misma gente que le buscaba, pensó el monje. Distinguió en su pecho la cruz con cuatro puntas acabadas en flores de lis. Pertenecía a la Orden De Calatrava, encargada por los reyes de proporcionar protección a los peregrinos que se dirigían a Santiago.

—Estoy seguro, señores, de que ese gran cuchillo que tan alegremente exhibe en su cinturón no será por falta de confianza en los encargados en la labor de guardar el camino.

—No quisiera haberle ofendido, solo lo llevo como medida disuasoria —dijo Ángel intimidado.

—Y sin embargo lo ha hecho, ya que el honor de nuestra Orden queda en entredicho cuando unos peregrinos no confían en la seguridad de los caminos.

—En ningún momento fue mi intención faltar al honor de tan poderosa Orden. Bien es cierto que desde que comenzamos nuestra andadura, a pesar de no haber visto hasta el día

de hoy a un solo soldado, no hemos tenido el más mínimo percance. Si acaso tuvimos alguno fue causa del vino en alguna taberna. Es mi promesa que este cuchillo permanecerá en el fondo de mi saco hasta nuestra llegada a Santiago, donde con toda seguridad habré de venderlo para comer un día más.

—Así es como debe ser —respondió el capitán. Por favor muéstrenme, si es que tienen, algún tipo de documento.

Ángel se quitó el cuchillo del cinturón, dándose cuenta de que el soldado no había soltado en ningún momento la empuñadura de su espada. Lo metió en el saco a la vez que el documento redactado por el abad aparecía en su mano.

Juan hizo lo propio y ambos entregaron los documentos al capitán, aún subido a caballo.

Al tener los papeles en sus manos estas temblaron ligeramente, y dirigiéndose a sus soldados dijo:

—¡Cabalgad hasta el próximo puesto, y esperadme allí!

Los soldados salieron de inmediato al galope.

—Dos grandes señores en peregrinaje que imagino quieren llevar de incógnito, al no llevar ningún tipo de escolta.

—En efecto —dijo Juan.

—Espero sepan perdonar la lengua de este viejo soldado, ya que sin duda es más rápida que mi intelecto —dijo agachando la cabeza avergonzado, en señal de respeto.

—No tiene que disculparse por intentar realizar la tarea que le encomendaron de la mejor forma posible.

—Por supuesto, ese cuchillo puede regresar a su lugar de origen, si así lo desea. Señor, sin duda sus vidas son tan importantes como el Real Sello y el de Montserrat me indican.

—No, mi querido capitán, avergonzado estoy de haberle faltado al respeto llevándolo colgado a la vista de todos, y le pido mi más sinceras disculpas. Le he dado mi palabra, y la cumpliré honrado, sabiendo que nuestra seguridad queda en manos capaces.

El capitán levantó la cabeza con el pecho henchido por el orgullo. Que un hombre tan importante de la Corte y su acompañante valoraran de tal manera su labor, significaba para él la culminación de su carrera en unos tiempos donde nadie agradecía nada.

—Es para mí un orgullo que me confíen sus vidas.

—Ha sido nuestro el error al no hacerlo desde el principio, pues yo fui uno de los que firmó el cometido encomendado a su Orden. Le agradezco que haya tenido la gentileza de alejar a los soldados, pues queremos seguir en el más absoluto anonimato —dijo Juan.

—No tendrán problema con eso, ya que yo nunca los he visto, y así constara en mi informe diario.

—Le agradecemos el gesto, capitán. Y ahora, si no tiene inconveniente, nos gustaría seguir el camino, pues deseamos llegar a Burgos lo antes posible.

—Por supuesto, y si me permiten la osadía de recomendarles un lugar para su descanso, la posada de la Plaza Mayor sirve la mejor comida y tiene las sabanas y las putas más limpias —dijo guiñando un ojo.

Montó en su caballo, agachó la cabeza a modo de despedida y salió al galope en pos de sus hombres.

Prosiguieron su camino. Ángel pensaba en las últimas palabras del capitán. Se sorprendió a sí mismo al notar que la idea no le escandalizaba en absoluto; eso le daba una idea de lo que había cambiado en tan corto espacio de tiempo. Pidió perdón a su Señor por sus pensamientos, pero interiormente sabía que el cambio en él terminaría siendo completo. El monje en él daba paso a un verdadero Ángel del Amo, simplemente un hombre.

Sumidos cada uno en sus pensamientos alcanzaron la bella y próspera ciudad de Burgos, gracias a que en ella estaba centralizado el comercio de la lana.

Se dirigieron directamente a la catedral de la que tantas historias había oído contar el antiguo monje. Se quedó boquiabierto por la belleza que en ocasiones era capaz de crear el hombre.

—Es cierto todo lo que había oído sobre ella, es maravillosa —dijo Ángel—. Es lo más bonito que he visto en toda mi vida.

—Yo ya la había visitado en una ocasión, pero hace tanto que no puedo reconocerla: es una obra esplendorosa.

Las obras de las agujas de la entrada principal estaban a punto de ser terminadas, y a las del cimborrio del inmenso pórtico todavía les faltaba tiempo para contemplar su total esplendor.

Lo que restaba de tarde lo pasaron visitando la famosa construcción y, al empezar a oscurecer, se dirigieron al lugar ofertado por el capitán.

Ya la entrada de la posada indicaba que era diferente a las que habían visitado por el camino. Un enorme cartel ricamente adornado, alumbrado por grandes faroles, indicaba que uno se encontraba delante de la Posada de la Plaza Mayor.

Al cruzar sus puertas se sorprendieron de los ricos ropajes de la gente allí congregada, aunque no por ello nadie les miró con desdén: cada uno iba a lo suyo.

A punto estuvieron de dar la vuelta, si no es que desde una mesa situada al fondo unas voces llamaron su atención.

—¡Amigos, amigos! ¡Venid aquí y hacedme el honor de compartir mi mesa!

Se dirigieron hacia él, no sin cierto reparo.

—Ángel, ¿crees que tu bolsa dará para pagar esto? —habló Juan en tono muy bajo, casi en un susurro.

—Espero que sí, de lo contrario el capitán se haría muchas preguntas —contestó con media sonrisa en el mismo tono de voz.

El capitán se levantó de su silla para recibirlos.

—Siéntense, por favor. Esperaba que tomaran en consideración mi consejo para poder saldar en cierta forma mi desafortunada equivocación. ¡Mariana! —gritó a voz en cuello.

Una mujerona se acercó rápidamente a la mesa.

—¿Qué desea el capitán de mis amores?

—Llena el plato de mis amigos y mantén llenas sus jarras con tu mejor vino. También quiero que les acomodes en dos de tus mejores habitaciones. Por esta noche todo corre de mi cuenta; y cuando digo todo, me refiero a todo —recalcó, dándole un azote en su enorme trasero.

—¡No podemos aceptarlo! —dijo Ángel sin demasiado convencimiento.

—No les queda opción. Me gustaría que aceptasen mi hospitalidad a cambio de olvidar el malentendido.

—Aunque no es necesario, ya que todo está olvidado, no rechazaremos la hospitalidad de un amigo —intervino Juan.

—Entonces cenemos y bebamos —exclamó orgulloso el capitán.

Pasaron gran parte de la noche charlando sobre la ciudad. El capitán estaba en ella acuartelado y no escatimaba elogios sobre esta.

Les explicó que su despunte se debía a que los comerciantes habían decidido centralizar en ella el comercio de la lana. Junto con ellos se establecieron artesanos, prestamistas judíos y gente de gran poder, interesados en aumentar este y sus posesiones.

Por supuesto, esta gente tenía que tener lugares para su ocio, y ello había derivado en la proliferación de lugares como en el que se encontraban, aunque volvió a asegurarles que este era el mejor de la ciudad.

—Hemos pasado un tiempo muy agradable en su compañía, y le estamos muy agradecidos por ello, pero deberíamos retirarnos a nuestras alcobas a descansar, pues mañana continuaremos viaje —dijo el ya achispado Ángel.

—Eso si soy capaz de llegar a la mía —respondió Juan, visiblemente más afectado por los efectos del vino.

Se despidieron del capitán, agradeciéndole de nuevo todas sus atenciones, y la mujerona los guió hasta sus lechos.

—No sé si seré quién a conciliar el sueño, todo gira en mi rededor —dijo Juan.

—Pues inténtelo, mañana tendremos un largo caminar.

Dándose las buenas noches ambos se metieron en sus alcobas.

Ángel cerró su puerta por dentro, como se había acostumbrado a hacer cada vez que visitaba una posada. Vertió un poco de agua de un jarro en una palangana dispuesto a asearse cuando observo que el tirador de la puerta se movía, y la cerradura producía un clic de su apertura por fuera. Ángel se preparo para cualquier cosa rebuscando en el saco su cuchillo.

Pero no estaba preparado para lo que entró por la puerta.

Una preciosa moza apareció en el vano de la puerta, semidesnuda, y miró directamente el cuchillo que relucía a la luz de las velas en las manos del monje.

—Creo que eso no le será necesario esta noche, pues no es mi intención lastimarlo.

—¿Qué hace aquí?

—El capitán Fuensanta me ha encargado de su cuidado esta noche —dijo mostrando una hermosa sonrisa la muchacha.

—Lo siento, pero yo no necesito compañía.

—Todos la necesitamos —dijo dejando caer al suelo el escaso vestido que portaba.

Un cúmulo de nuevas sensaciones bloquearon el cerebro de Ángel. Había visto mucha belleza en esa jornada, pero nada comparable con lo que ahora se presentaba ante sus ojos.

—Solo ha de dejarse llevar, no soy regalo que se deba despreciar.

Y se dejó llevar. Vio cómo lo ayudaba a lavarse, como si fuera a otro a quien se lo hiciera. Sintió el áspero paño cuando la muchacha le secó la entrepierna, y notó cómo el corazón hizo un titánico esfuerzo por alimentar esa parte de su anatomía. Al roce de su piel, su cuerpo entero se estremeció como si un rayo le hubiera atravesado de parte a parte. Se dejó besar la boca, el cuello, el pecho y a medida que los besos y las caricias iban descendiendo, el bombeo de su corazón se hacía más intenso. Sin fuerzas, ni argumentos para resistirse, se dejó hacer.

Aun siendo la primera vez que tocaba a mujer alguna, pasó la noche haciendo el amor a aquella hermosa criatura. Como si quisiera recuperar el tiempo perdido en probar los dulces brazos de una mujer, se convirtió en un amante insaciable, bajo la guía de las manos de la experimentada muchacha. Nunca en su vida había experimentado algo tan maravilloso.

Acabó exhausto y terminó por dormirse entre sus brazos, como un bebé.

Despertó con la muchacha aún entre sus brazos, sin remordimiento alguno por lo que había pasado. Algo tan maravilloso no podía estar prohibido por Dios, pensó.

Observó durante largo tiempo la belleza del cuerpo de la mujer que yacía a su lado, empapándose de ella. Quería llevársela en el recuerdo.

Ella despertó y le sonrió, era una sonrisa franca, incluso cariñosa.

—Buenos días.

—Buenos días, señor. Debería devolver las monedas que me pagaron, jamás nadie me trató con tanta dulzura como usted lo hizo anoche.

—Fue mi primera vez —sus palabras rozaron la vergüenza.

—Muy raro a su edad, pero espero que me recuerde con una sonrisa.

—No dudo que así será, para mí ha sido algo maravilloso.

—Si alguna vez regresa aquí, recuérdeme. Usted siempre tendrá mis servicios sin que medien monedas entre los dos —dijo mientras recogía su ropa y salía aún desnuda al pasillo, cerrando tras de sí la puerta.

—Adiós.

—Adiós —respondió sin más palabras que decir Ángel.

Se quedó sentado en la cama pensando por qué el remordimiento no llegaba. Se había convertido en un nuevo hombre, y como tal tendría sus necesidades a partir de ese día.

Se lavó a conciencia y bajó a la posada buscando algo con lo que llenar su estómago vacío.

Estando degustando un exquisito queso acompañado de pan y una jarra de leche llegó Juan, y sentándose con él a la mesa exclamó:

—¡Vaya nohecita!

—¿Ha dormido mal?

—No, simplemente no he dormido. A punto me encontraba de acostarme, cuando una preciosa muchacha se presentó en mi alcoba con muy buenas intenciones, y no soy hombre que no se precie de atender a una bonita señorita. Tuve que atenderla debidamente, pero ya se sabe que el vino y las mujeres son una mala mezcla. Cuando se fue, ya no fui capaz de conciliar el sueño.

—Pues el camino nos espera, y si pasáramos tan solo otra noche aquí, ¡ni con aceite hirviendo serían capaces de echarnos! —dijo Ángel con una enorme sonrisa en los labios.

Juan asintió devolviéndole la sonrisa.

—Creo que tiene razón, lo mejor será marcharnos de aquí lo antes posible, no sea que quedemos atrapados por el embrujo de esta ciudad.

Terminaron de desayunar sonriendo como dos colegiales, y después de asegurarse con la mujerona de que todas las deudas estaban saldadas, salieron a la plaza y emprendieron de nuevo su camino.

Su próximo destino era Arroyo Sambol, situado a nueve leguas y media, aunque ninguno estaba seguro de poder recorrer esa distancia en el estado de cansancio en el cual se encontraban.

Después de varias horas caminando, fue Juan el primero en darse por derrotado.

—No sé la distancia recorrida, pero me parecen miles de leguas, no puedo dar un paso más. ¿Por qué no hacemos noche en el camino y descansamos estos cansados cuerpos?

—¿Seguro que entre sus aptitudes no está la de leer los pensamientos de los demás? Porque hace un par de horas que pensaba en proponerle lo mismo.

Los dos rieron a carcajadas pensando en las causas del cansancio. Buscaron un buen sitio, apartado del camino, y después de comer un poco, se recostaron en un cercano encinar comentando la generosidad del capitán durante la noche anterior, hasta quedarse dormidos.

El primero en despertar fue Juan, que tras orinar ruidosamente despertó a Ángel de su sueño.

Cenaron cecina que habían comprado al abandonar Burgos. Y se prepararon para hacer noche allí mismo.

—Esta vida de taberna no es para nosotros —dijo Ángel.

Juan le respondió con una sonrisa.

Esa noche la pasaron al raso, con la suerte de una luna llena que iluminaba todo con una bella luz blanquecina, y una temperatura que invitaba a recordar todos esos buenos instantes que cada uno atesoraba en sus recuerdos.

El nuevo alba no tenía nada de especial, comparado con otros ya vividos. Lo que sí había cambiado eran sus planes, y la meta de la jornada se había convertido en una pequeña aldea de nombre Castrogeriz.

Comenzaron su particular andadura temprano. Tan solo hicieron alto para comer y descansar sus encallecidos pies, sumergiéndolos en las frías aguas de un pequeño arroyo que se encontraba a un lado del camino.

Pasaron, sin detenerse en él, las cuatro casuchas que formaban Arroyo Sambol, y ya caída la tarde vieron aparecer, tras una curva del camino, Castrogeriz.

Se afanaron en buscar un lugar donde pasar la noche, nada que ver con las comodidades de Burgos.

Lo encontraron en un antiguo granero habilitado para uso de los peregrinos: un número incierto de camastros distribuidos sin orden alguno, mezclados con algunas mesas donde otros peregrinos ya cenaban. La cena no fue gran cosa, acorde con el precio pagado.

—Tardaremos en olvidar los acontecimientos vividos en Burgos —dijo Juan.

—Sin duda yo más que usted. Cuando regrese a la Corte, lo de aquella posada le parecerá una tontería, cosa de pobres hombres.

—No tengo aún decidido si algún día regresaré junto a sus Majestades, ni que ellos me acojan de nuevo como al hijo pródigo después del tiempo pasado.

—Según las malas lenguas, que son las que no mienten, nuestros Reyes son unas personas inteligentes, y si eso es cierto, no se permitirán el prescindir de una mente como la suya a su lado.

—Le agradezco los elogios, pero no los creo merecidos, pues muchas veces mis consejos no resultaron ser los más acertados.

—Y sin embargo, a pesar de sus errores, continuaban queriéndole a su lado. Esa es la mejor prueba del afecto que sienten hacia usted.

—Yo más bien creo que lo que les hacía mantenerme a su lado, era la desconfianza sobre mis posibles sustitutos —dijo dibujando una sonrisa.

—Le conozco de no demasiado tiempo, pero le confiaría mi vida como a un amigo de la infancia. Estoy seguro de su honestidad y de su buen hacer al lado de los Reyes. Ellos valorarán eso por encima de todo.

—No sé si el Santo escuchará mi petición, pero daré por satisfactorio este viaje solo por el placer de haber conocido un hombre como usted. Estoy seguro de que no es solo lo que pretende ser, y aún así confío ciegamente en su cometido y, sin conocerlo, intuyo que es una empresa que supone una carga muy pesada para usted.

—Le agradezco su confianza y que nunca me haya realizado preguntas que no podría responder: las respuestas me acompañarán en mi tumba.

—Yo lo respeto, solo me interesa su amistad y esas inteligentes charlas que en la Corte jamás sería capaz de tener, al no encontrar entre tanto imbécil interlocutor como lo es usted. Sepa que cualesquiera que sea el papel que me toque representar en este nuevo reino, siempre tendrá en mí alguien a quien acudir como a un amigo.

—Aunque no ocultaré mi alivio por ello, me parece desconcertante que sepa que oculto algo y, aun así, siga confiando en mí.

—Todos ocultamos algo, pero entiendo que lo suyo es de vital importancia y lo único que me lastima es tener que verle pasar por ello solo.

—Así decidí que fuera, y así ha de ser. Sus palabras demuestran que su vuelta a la Corte es imprescindible para las gentes del reino. Yo, particularmente, viviré más tranquilo sabiéndole aconsejando a Fernando e Isabel.

—Y ahora es usted quien aconseja al consejero.

Rieron como dos viejos amigos mientras daban buena cuenta de la cena y unas jarras de vino.

Se acostaron en los sucios jergones con la idea de recorrer en su siguiente jornada dieciséis largas millas para poder alcanzar el concejo de Carrión.

Se levantaron temprano, más por las chinches y los piojos que atestaban sus lechos, que por las ganas de obligar a sus doloridos pies a dar un solo paso más.